

X Por el Sr. Dr. Dn. Víctor Gabriel Garcés

X **Condiciones Psíquico -- So-
ciales del indio en la Pro-
vincia de Imbabura** ==



ÁREA HISTÓRICA
DEL INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS
EL INDIO, FACTOR DE NUESTRA NACIONA-
LIDAD ==

LA INSTRUCCION ADECUADA PARA EL INDIO

No vamos a ponderar nosotros el valor de las escuelas. No hacen falta estos elogios. La escuela tiene valor por sí misma. Es el legítimo laboratorio en que se opera el prodigio de las transformaciones colectivas.

Tenemos escuelas; aunque pobres y escasas en medios pedagógicos modernos, pero las tenemos. ¿Cómo se hará, entonces, para incorporar a la población escolar habitual, conocida, esa gran masa infantil indígena que no participa del resplandor que la escuela irradia? ¿O es que es menester formar escuelas propias para indígenas, sin la intervención del niño blanco?..... Tal es el altísimo problema pedagógico que se insinúa poderosamente, para nuestro país, como una necesidad, como un imperativo. Tienen la palabra los maestros. A ellos les toca discutir y aclarar este sórdido problema social. A ellos les corresponde decidir —previos los estudios psicológicos y sociológicos que **asean necesarios**— si es la escuela actual, o la escuela nueva, la escuela activa, la que es preciso implantar para los indios. O, acaso mejor, la escuela rural con sistemas apropiados y convenientes, como una modalidad de escuela tipo.

Vasconcelos —por más que su valía espiritual quiera combatirse— es el más grande factor americano de modelación de una cultura autóctona. En México funda el departamento de Cultura Indígena, con planes sistematizados y correctos. Extiende su labor salvadora, encendida en verdadera fe apostólica, por los campos mexicanos, donde el indio amasa su vida entre dolores e incomprensiones, entre miserias y quebrantos. Y en su mirada enorme, Vasconcelos incluye a toda la América como apta para reformarse y salvarse, si acaso rompe para siempre los formidables vicios que la atacan. Leemos en «Indología»: «En Bolivia han llegado al poder los Doctores en Leyes; pero parece que tampoco quisieran hacer excepción a la regla de los militares políticos que emplean el

rifle como argumento. El indio, el cholo, en países tales, tienen acceso al cuartel, pero jamás a la escuela. En el Ecuador, que tan ilustres varones ha dado a la estirpe, no ha podido enraizar el credo de los Montalvos y de los Rocafuertes. La política se inclina más bien, según parece, al tipo boliviano y en resumen, nadie enciende una luz que es esperada con ansiedad por las pupilas llenas de ternura del indio hierático». Las palabras de Vasconcelos tienen un acerado realismo. No de otra manera se enfoca en nuestros países el problema más arduo que tienen ante sí; no otra medida que la política, pero una política sacada del fondo de los cuarteles, antes que de la entraña suprema de las multitudes en donde se forja —debe forjarse— la conciencia colectiva, síntesis de conciencias individuales, que anima y da vigor a la configuración última de las sociedades: el Estado.

El Estado tiene obligaciones irrestrictas a este respecto. Educar a la masa social que integra su componente demográfico, es deber que entraña inmensas, incalculables responsabilidades ante el mundo, ante la historia. Porque el hombre sometido al imperio del Estado político requiere preparación para entender en todo su valor los deberes y derechos inherentes a su condición de ciudadano; porque el individuo no ha de ser carga muerta en el contrapeso constante que supone la diaria lucha social, el cotidiano afán en la vida múltiple de ciudadano, de miembro de una colectividad a la que se debe por entero, de entidad representativa de valor humano, de ser racional y consciente, etc.

Mientras menos ignorancia reina en un pueblo, más fácil es su marcha gradual hacia el perfeccionamiento colectivo. Pueblo de analfabetos, es pueblo enteramente desgraciado: ni como entidad nacional, menos aún como unidad política, podrá resistir las graves complicaciones que la vida le presente a cada paso, en el devenir perpetuo de la humanidad. El Estado tiene, pues, que velar por la educación de su pueblo. Entre nosotros tenemos tan grande y difícil problema, por desgracia, intocado hasta hoy, íntegro, lleno de perplejidades. ¿Cómo educar convenientemente al indio de nuestras comarcas? ¿O es que le vamos a dejar que continúe en esa vida llena de miserias? No. Hemos de descartar, en honor a nuestra patria, esta criminal posibilidad. Hemos de pensar que ha de regenerar paulatinamente a esta raza indígena, que ha de tratar de incorporarla a su haber ético y político! Las grandes

transformaciones sociales no se improvisan ni se realizan en corto tiempo. Es obra de muchos años. Por lo mismo, hemos de esperar y hemos de preparar el campo propicio.

El indio es susceptible de mejoramiento. Planteamos esta tesis con la conciencia plena de convencimiento. Largamente hemos expuesto ya sobre la verdad de su vida física, externa y de su existencia psíquica interna. De ello dedujimos que no puede imputársele la condición de inadaptable. Si se manifiesta retrasado en casi todos los aspectos de su actividad mental, no se crea que obedece siempre a vicios incurables de su psicología. Si el indio está enfermo de miserias morales ¿qué remedios se han ensayado hasta ahora para tratar de curarlo?..... ¿Se ha intentado educarle para poder afirmar rotunda y definitivamente que no tiene salvación, al menos entre nosotros, como no podrían acaso tenerla los indios del Perú, los de Bolivia, los de México?.....

Ya en las escuelas actuales, al menos en lo que concierne a la provincia de Imbabura, se ha experimentado alguna cosa. Se ha sacado en claro que se puede encontrar mejoramientos, aunque fuese en pequeña escala, pero se puede obtenerlos en realidad.

El longo que concurre a las escuelas nuestras tiene que vencer inmensos inconvenientes, de aquellos que jamás ocurre con los niños blancos. Desde la considerable distancia de su pobre vivienda, viene todas las mañanas *madrugando* el indígena, trayendo él mismo su almuerzo, su alimento para todo el día. ¿Cómo va a volver a su casa a medio día, si vive tan lejos? Ya en la escuela, corrido, tímido se aparta de sus compañeros blancos y busca los rincones propicios para disimular su inconsciente tristeza, su soledad. De aquella soledad que apunta Simmel: solo, espiritualmente solo, aunque esté rodeado de tantos seres, pero que no se atraen, no se acercan ni se asimilan a su espíritu. En las clases se están callados. Si el maestro les dirige la palabra, responden monosilábicamente: sí o nó. Nada más. Rehuyen la expresión verbal casi siempre. Observadores taciturnos y silenciosos, aprenden mejor las aptitudes manuales, objetivas, que después pueden reproducirlas con destreza, superando en habilidad a los niños blancos. Al responder a la pregunta del maestro —pregunta hecha en castellano, que ya entiende el longo— generalmente la mirada la dirige al suelo, o a cualquier lugar donde no esté la mirada acuciosa del precep-

tor o la curiosa y burlona de los alumnos blancos. Este detalle, especialmente anotado en la Escuela Superior «Diez de Agosto», de Otavalo, y referido por sus competentes Director y Profesores, este detalle —repetimos— revela una inconveniencia manifiesta de la mezcla de elementos heterogéneos en la enseñanza. No es oportuno ni correcto mezclar al indio, al niño indígena con el blanco. No se estimulan, ni se produce una sana competencia, ya que generalmente el tipo medio indígena, en el aspecto de su aptitud mental, es inferior al del niño blanco. Y, por el contrario, el resultado inmediato es el apocamiento del indígena, por fruto de esa ley de los contrastes. Cuando se les da una tarea material para que realicen en común, indios y blancos, y no hay el celoso cuidado y la vigilancia constante del maestro, el blanco exige al indio para que él solo la complete. Y después, al dar cuenta al superior, el blanco ha de ufanarse como autor de esa obra ajena y el longuito silencioso no ha de desmentirlo nunca!.....

En las escuelas de Imbabura abundan los alumnos indígenas. Por los valiosos datos que la Dirección de Estudios de esta Provincia se ha servido suministrarnos, se conoce el número de los indígenas de ambos sexos que concurren habitualmente a los establecimientos de enseñanza primaria.

La vida escolar del alumno indígena se desarrolla, pues, hasta ahora, en un ambiente no muy apto para el espíritu del educando: la realidad del medio que le rodea, la categoría mental de sus compañeros, al alcance de los programas de enseñanza general, la diversa preparación idiomática, el mayor esfuerzo que requiere estas diferencias, etc., son todos inconvenientes para una mejor realidad educativa.

El alumno indígena continúa en la escuela todo el tiempo que sus padres desean. Apenas serán dos o tres años. Las necesidades de la vida, la exigencia económica premiosa, solicita un miembro más para la efectividad del trabajo a que generalmente se dedican. Y entonces no hay más remedio que «sacarle» al longuito de la escuela, para dedicarlo inmediatamente a las rudimentarias labores en que puede ayudar a sus padres. Vuelve el niño indígena al medio ambiente familiar y social, adverso para su naciente aprendizaje, para su iniciación cultural que requeriría cultivo y ejercicio constante.

Si hasta los juegos que aprendió en la escuela los acomoda a una orientación propia, los quichuiza —si se nos admite el término— y los vuelve iguales a sus propios juegos, ¿qué no decir de las enseñanzas que captó vagamente su alma de niño?..... Y no solamente se anota esta lucha desigual que sostiene su rudimentaria preparación con el ambiente; hay otro detalle más que amenaza romper con este apego que escasos indios manifiestan por la escuela. Es muy común la burla de sus vecinos. Los indios que no tienen a ninguno de sus hijos en la escuela, suelen hostigarlos, suelen reírse de ellos. Suelen decirles pretensiosos, que miran muy alto. El indio manifiesta su aversión a toda revelación de mejoramiento que le suministra el blanco; y es en estas oportunidades en que se hace más clara esta errada creencia: si les están enseñando para hacerles daño; si les tienen en la escuela para hacerles nuestros enemigos, para que no quieran ya a esta tierra nuestra. Tales son los vulgares razonamientos que confunden y aturden la mente atorbellinada del indio, y le hacen surgir asomos de dudas y perplejidades!.....

El longuito que va a la escuela oye la disputa: tal vez no la entiende; pero para su alma, para la intimidad de su ser, surtirá y brotará el recelo de sus decisiones de mañana.

En la escuela, a la que concurre, aprende. Su dificultad mayor radica en el idioma. Pero si sus padres lo saben, si ellos los hablan en castellano, entonces facilitan inmensamente la tarea de la escuela. No es que no se adaptan a la cultura escolar; no es que se muestren todos absolutamente retardados, ni que se manifiesten demasiado corridos. Lo que esencialmente acontece es que no entienden bien lo que el maestro enseña. ¿Qué pasaría con el niño blanco, en una escuela en que hubiera en mayor número los indios, y en que el maestro hablara en quíchua?..... Acaso el blanco no fuera el retardado, con respecto a la asimilación que lograsen sus compañeros?..... La timidez es obra del mismo blanco: él lo ha humillado; él aprovecha de toda oportunidad para rebajarle, para imponerse, para burlarse del indio. Acaso el pobrecito niño indígena no lleva en su alma infiltrado este temor que hereda de sus antecesores, eternamente escarnecidos y humillados?..... En las escuelas de los campos, escuelas rurales actuales, en que sólo existen indios, ya puede observarse la merma considerable de ese recelo instintivo. Y en aquellas en que es mayor el número de indios, como que el

cuanto de la especie los animara, suelen mostrarse ya valientes con el blanco.

La timidez se hace palpable ante el blanco. Esto es innegable. Si en las escuelas nuestras no se hace respetar la valía del alumno indígena, si no se hace considerar y practicar el respeto mutuo, es claro que seguirá la burla, de toda esa chiquillada escolar que no reflexiona ni sabe lo que hace. En los exámenes escolares —aunque esa teatralidad de antaño se ha logrado reducir bastante— se podía constatar el comportamiento individual y colectivo, bien diferenciado entre los blancos y los alumnos indígenas. El niño valoriza la importancia del examen, como fiesta, como solemnidad, a la que ha de concurrir mudado y esperando el premio del papá, según el resultado de la prueba. El longuito ha de ir también, pero generalmente con su traje de costumbre, o ligeramente cambiado. Lo primero, el contraste con los «otros». El niño blanco se siente orgulloso y pavoneando con su flamante traje. A lo mejor tratará de descomponer toscamente la arreglada cabellera del longuito!... Ya en el examen, se alinean por clases o grados. Los indiecitos temblorosos y desconcertados se agrupan con los suyos, entre ellos, talvez poniéndose humildemente en las últimas hileras, donde se les vea poco. Y mientras el blanco extiende la mirada hacia sus padres, el longuito revolotea su mirar por todas partes, sin el aliento ni la esperanza del dulce que han de regalar a los otros.... Quién va a darles a ellos, si talvez sus padres no fueron nunca hacia la escuela?.....

La escuela obra eficientemente en un aspecto de educación integral. Porque no es completo el desarrollo que puede dar la mera instrucción, limitada a los programas de enseñanza que se han dictado para los educandos. Es menester, además, un proceso de acción educativa perfectamente acomodado a la mentalidad del niño. ¿Acaso la escuela moderna, la escuela que amplía sus horizontes, no contempla esta necesidad imperiosa? Los hábitos de mejor vida, las costumbres higiénicas, la modelación correcta del temperamento y del carácter, ¿no son la entraña viva que se plasma, en realidad educativa en la escuela? El niño indígena aprende también, aún en la actualidad en que poco se ha hecho en bien de su raza, aprende en la escuela condiciones de mejoramiento personal y hábitos que quizás entrevió nunca en su casa. No podemos desconocer esa influencia muy cierta. Si antes el longuito, por

el género de vida que llevaba, por su juego, etc., se mostraba desaseado y repugnante, con la escuela cambia de costumbre, pues se le infiltra la necesidad del aseo personal diario, la noción del deber y la conciencia de su destino.

Descartada la posibilidad de conveniencia de la escuela actual para el acrecentamiento de la educación indígena, por los muchos defectos que para ello encierra, hemos de anotar, pues, las normas de una escuela tipo, de una escuela adecuada al temperamento y condiciones de los indios. Una escuela que vaya hacia el indio, que riegue simientes de cultura por los campos ubérrimos, que acomode energías, que las encauce y las dirija a un común destino. No hemos de halagar nuestras tempranas decepciones; no hemos de solazarnos criminalmente con la certeza —no decimos verdad, en su acepción filosófica— de que el indio es el paria eterno, el inadaptado, el sin remedio!.....

Falta, como primera labor, tratar de crear entre los indios la necesidad de la escuela, el amor a la escuela. Para ello, el único remedio consistiría en crearlas, en multiplicarlas. Hacer que la escuela sea necesidad, fundamenta su eficacia en la existencia de la escuela fácil, asequible, sencilla. Una escuela que lime asperezas, que corrija; que ambule por las casas humildes de los miserables y desgraciados indios; que sea como un efluvio de vida y de misericordia!

La escuela adecuada para el indio ha de ser aquella que coadyuve al despertar de sus energías latentes, a enderezar sus propias tendencias. La raza indígena, la raza americana es propicia para florecimientos aún no adivinados. Su integridad típica tiene la fortaleza de los siglos. ¿Cómo no esperar grandes rehabilitaciones, aquí donde a de ser el venero maravilloso, la fuente de donde surgirá algún día el prodigio de la raza cósmica? El mestizaje ha de obrar grandes prodigios, pero un mestizaje adecuado, una como síntesis de todas las razas y todos los Demos creadores.

Propender a formar esa corriente renovadora que ha de llegar algún día hasta la entraña de la masa, es obligación de todo sér, de toda entidad humana, de toda institución. La labor no ha de esperarse siempre de las esferas oficiales, de los Gobiernos: hay que hacer, hay que actuar todos dentro del marco cabal de nuestras posibilidades. El Estado asumirá la tarea enorme, pero necesitará de la cooperación efectiva de todos los ciudadanos para emprender en la cruzada educa-

tiva. Como se realizara en México, el país de las conquistas culturales más grandes de América. Allí en ese pueblo rebelde, un ejército de cuatro mil ciudadanos se hicieron maestros, maestros honorarios, que habían de ayudar al Estado en la jornada de desanalfabetización más formidable del Continente.

Dentro de las modernas corrientes pedagógicas, la Escuela Activa, ocupa lugar preponderante como más en armonía con la psicología de los grupos humanos y como más práctica para alcanzar beneficios colectivos. La escuela que trabaja, que inculca en el niño el hábito del trabajo, que estimula la acción individual, que le proporciona amor y vitalidad para ensayar su lucha, esa es la escuela buena y optimista. «La idea de la escuela nueva —dice Ferriere— como ya lo expresó Pestalozzi, se funda, en el hecho de que el niño debe crecer como una planta, y Froebel, para patentizar mejor esta opinión, ha inventado las hermosas expresiones de «Jardín de Infantes» y de «Jardinera de Niños». Colocándose bajo este punto de vista, la escuela debe reducirse a proporcionar, digámoslo, algo así como la tierra, el calor y la humedad que es lo que necesita toda planta joven. Este es el punto de vista que la psicología adopta en presencia de la individualidad».

Entre nosotros, no tenemos implantada —en ninguna parte que sepamos— una verdadera escuela activa. Apenas se intenta el ensayo en uno que otro lugar. Esto dentro de las escuelas urbanas. ¿Qué no decir de las rurales?..... Si hemos anotado que es peculiaridad propia del indio, que es inclinación suya, el apego al trabajo, *en su tierra*, ¿por qué no apoyar como base de educación precisamente este impulso propio de su raza, de su espíritu?

A este respecto, creemos oportuno transcribir unos párrafos del trabajo del Profesor normalista otavaleño, señor Fernando Chávez, intitulado «Escuelas para Indígenas», en el que se apuntan sugerencias oportunas para una innovación escolar realizable en Imbabura, en Otavalo. Dice así:

—«Indicamos en líneas anteriores que la nueva enseñanza de lectura y escritura, causarán daños en vez de ser remedio para la indigencia mental. Así lo reconoce Dewey, quien afirma que al hombre del campo le interesa mucho más la vida de las plantas que el alfabeto, sentando en esto uno de los más sólidos principios normativos de la Escuela Rural.— Junto a la enseñanza de escritura y lectura que se dará a los niños indígenas, para facilitarles los únicos medios de cultura posterior, hay que poner una enseñanza de Historia, pero de una historia tónica, no deprimente y desconsoladora como es la que hasta aquí se viene dando en las escuelas del Estado a los niños blancos. Si esta enseñanza se diera a los indios, sin hablarles jamás de las virtudes de su raza, sería empequeñecerlos más de lo que están. Perteneció a nuestra observación y experiencia personal, un caso como este. Suprimir en la enseñanza de Historia Colonial los detalles de los capítulos referentes a encomiendas y trato de los españoles a los indios, por no ver aparecer las lágrimas en los ojos y enrojarse con dolorosa humillación la cabeza de un niño indígena que por casualidad constaba en la matrícula del Grado».

No podemos dejar de comentar tan atinada referencia de un inteligente maestro. Fruto de su observación y experiencia, el caso citado, dice el señor Chávez. ¿Acaso no es posible, aún en las escuelas actuales, observar y hacer experiencias tan importantes y sugestivas, en escuelas de provincias sobre todo, donde existen los indios? ¿Las han hecho los maestros, las han estudiado y anotado para un cercano capítulo de reformas educativas, dentro del ambiente escolar, que es lo más importante?.....

—«También la enseñanza de Cívica —continúa el señor Chávez— como quiere Gabriela Mistral, una cívica que exalte los derechos, y que no olvide los elementales deberes del ciudadano sin el farrago de preceptos legales en que se hace naufragar la mente del escolar de raza mezclada. Una Geografía con vistas a la Geografía Comercial e Industrial y que desarrolle el amor al país, se impone.—Quizás lo delineado abarcaría todo el programa intelectual de la escuela que diseñamos.—El programa práctico podría sintetizarse así: Una tentativa de la reforma de la agricultura rutinaria y desperdiciadora de energías que en la actualidad se practica. Enseñanza de la utilización de los abonos y de los cultivos,

aprovechando de la granja que funcionaría junto con la escuela. Enseñanza de pequeñas industrias que paralelamente ejercitaría la capacidad organizadora y economista de los alumnos. Enseñanza de los oficios en los que hoy se ignora la orientación técnica. Ejemplo: la albañilería. Tendría campo de experimentación esta enseñanza en la edificación del local escolar, haciendo como dice Vanconcelos, lo que hacía el ejemplar Don Vasco de Quiroga en México, construcciones perdurables y llenas de utilidad y belleza, y no caricaturas inútiles y feas que no educan al aprendiz.—La acción social de esa escuela para indígenas, podría formularse en los siguientes términos: Desanalfabetización lenta de los indígenas adultos. Cursos nocturnos. Agrupación de los indígenas mayores en redor de la Escuela con fines de divertimento y de información de los asuntos mundiales, y nacionales en mayor escala.—Para esto la escuela ha de organizar orquesta típica, ha de establecer temporalmente representaciones teatrales, y ha de contar por lo menos con una victrola.—Incitación a los padres de familia a colaborar con el Municipio en la tarea de cambiar la forma de vida de las familias indias.—Obtención de la cooperación decidida y eficiente de ellos en la vida de la escuela que los atrae, que los pule, que les alecciona, que les aconseja.—Después de lo dicho, está quizás por demás aclarar que no creemos que ésta no es sino una escuela de transición.—No se hace escuelas para indígenas con el objeto de aislarlos, sino con el más noble de asimilarlos.—Esta escuela va a dar nociones de patria y de independencia a esa gente que permanece a la vera de la cultura, originando un monstruoso desequilibrio en su improductiva ignorancia, de esa gente que fué indiferente al movimiento emancipador, y que no sabe nada de su país.—Por lo mismo, creemos que la castellanización se impone, por más que para atacarle se invoque la idea de que va a desvirtuarse el esfuerzo con una imposición ficticia y que habría mejor que dejar el idioma y elaborar cultura especial para los indígenas».

Después de tan certera visión pedagógica, realizable, práctica, hacedera entre nosotros, no nos resta decir más al respecto. Estas escuelas, aunque fuesen provisionales o transitorias, es menester crearlas en buen número. Y es menester, sobre todo, cooperar socialmente a su efectividad educativa.

Si la escuela rural, con orientaciones modernas de escuela activa, ha de regar simientes de cultura; si esa escuela ha de

contribuir a elevar la personalidad del indio, junto con la acción así mismo social de respeto y consideración a su ser moral, ¿por qué no se la implanta, verificando esfuerzos heroicos, sacrificios económicos, o lo que fuese? Esta es obligación del Estado —ya hemos repetido—, obligación imprescindible y necesaria. Así como es necesaria la cooperación del grupo social, su ayuda, su estímulo valioso, su confianza. Jamás hemos de suponer que la escuela está aislada de la sociedad, que no necesita de ella. ¿Cómo, si es el comienzo, la iniciación de la ruta social, la que se encuentra en la escuela? Falta, pues, ahondar en el alma colectiva esta vinculación estrecha: hacer un eslabón lleno de amor y solicitud entre la escuela —sociedad que se organiza y disciplina— y la sociedad—escuela de vida encarnizada, ¡escuela de supremas realidades!

EL INDIO EN SUS RELACIONES CON EL BLANCO

Merece atención verdadera este aspecto de la vida de muchos indígenas. Porque no vamos a narrar las relaciones generales, las que abarcan un lado muy corto de la existencia de cada uno de ellos. Relaciones pasajeras, rápidas, y de las que no puede inducirse ninguna consecuencia, a no ser el engaño y la falacia que el blanco confiere al indio, por obra de su superioridad tan decantada, y la timidez, el recelo y muchas veces la hipocresía del indio para con el blanco. Nos vamos a referir a la vida del indio que pasa a desempeñar un puesto en el hogar del blanco. La vida del criado, del doméstico. Porque creemos encontrar aquí una fórmula nueva, no estudiada aún, de la verdadera adaptación del indio a mejores hábitos, a mejores tendencias, a más altos anhelos, caracterizados ya concretamente por necesidades que en su alma han aparecido de sorpresa.

Es muy común entre nosotros, en Imbabura, tomar para el servicio doméstico a niños y niñas indígenas. No hay casa, no hay un hogar —al menos en Otavalo— en que no se halle un longo o una longa dedicado al cotidiano servicio de los menesteres domésticos. Si en otras poblaciones se cuenta con la posibilidad de encontrar, para esta necesidad

imprescindible del hogar, con gente blanca que tiene esta manera de vivir, ya se llame cocinera, criada de mano, nodriza, paje, mucama o lo que quiera, en otras será fácil hallar negros, así como entre nosotros se puede conseguir indios. Generalmente se los recibe muy niños. Por «papel» —como se llama a este género de contrato en que el dueño de casa se obliga a suministrar a este nuevo pupilo alimento, vestido y educación —así se expresa— a cambio de los posibles servicios que el longo o longa podrá prestarle más tarde. Los padres del longo se conforman, se satisfacen con estas esperanzas. Porque es frecuente también el caso de la entrega incondicional que hacen de sus hijos en cualquiera casa de blancos, con tal que los toleren y crien. La pobreza, la miseria en que viven, o la necesidad de readquirir una relativa libertad —el hijo a veces es obstáculo—, les obliga a esta entrega de los hijos. (¿Podrá un padre o una madre cultos deshacerse por un contrato, o sin él, para un tiempo tan largo —siquiera hasta los 21 años— de los hijos suyos?...)

La crianza corre a cargo de la «señora». Si el hogar a donde llegó este ser nuevo es de regular posición económica y social, ha de adecuarse todo dentro del marco conveniente a esta situación. Y el longuito ha de participar también de los beneficios de una nueva vida. La diligencia primera ha de ser el cambio de ropa, sucia y vieja con que lo trajeron, por otra aseada y nueva, aunque sea del mismo estilo y clase.

Cuando ya mayores, apenas sí podrán darse cuenta de su insensible cambio de vida. Cuando han entrado de unos siete u ocho años de edad, a desempeñar estos servicios, se puede observar el desacierto de los primeros días, la confusión que les produce el repentino cambio de ambiente. Torpes al principio, sin darse cabal cuenta de la utilidad de ciertas cosas que ellos no conocieron antes, van adiestrándose poco a poco en su nueva modalidad de existencia. Con pleno vigor y eficacia interviene la imitación, interna o subjetiva y externa u objetiva. Aquellas leyes preconizadas por Tarde, son infalibles. Por una corriente inexorable de la vida tendemos a asemejarnos: el longo o longa querrá no diferenciarse mucho de sus amos y ha de tratar entonces de aproximarse física y psíquicamente a ellos. Una imitación evidente y una coacción necesaria —que dijera Durkheim— son los factores de este proceso de adaptación. Nos vemos compelidos y obli-

gados, por una fuerza extraña a nosotros, a proceder en tal o cual sentido, a formar un surco habitual de actitudes cotidianas. Esta coacción —¿la imitación no es una fuerza que se impone al espíritu y que obliga a imitar, a hacer lo mismo?— surte sus efectos en todo individuo, porque la exigencia, la necesidad se hace más fuerte, más imperiosa, a medida que se asciende en la escala social.

Veamos cómo se opera esta paulatina transformación del longo o longa, tomando como índice de experimentación lo que hemos constatado y comprobado entre nosotros en nuestros propios hogares.

La primera novedad que experimenta el doméstico es el cambio de comida. No será más sana y nutritiva que la que solía comer en su casa: los granos, el maíz tostado, etc. Pero en cambio, la comida de los blancos le sienta mejor, más sabrosa, más llena de golosinas. Viene luego un acostumbramiento orgánico; estomacal, si se quiere, que obliga al individuo a solicitar cierta especie conocida de alimento. El hecho es muy común y frecuente. ¿No hemos visto a extranjeros que no toleran ni resisten si no se les da su comida, su manjar propio que tiene hasta caracteres típicamente nacionales? ¿Podríamos nosotros acomodarnos con toda facilidad a las comidas de los indios, sin tomar para nada en cuenta las condiciones higiénicas que podrían hacer que las rechazemos siempre? Esto es precisamente lo que acontece con los indios que viven en las casas de los blancos. Hemos visto casos de fuga del doméstico, de abandono de la casa en donde presta sus servicios, y que sin embargo ha implorado que se le admita de nuevo porque no llegaron a enseñarse con la comida, pobre y escasa, que sus padres podrían darle.

Y con respecto a la calidad de alimentación, ¿no influirá grandemente para modelar en cierta determinada dirección el temperamento, las condiciones del espíritu del indio? En la hora actual de desarrollo de la ciencia biológica, en estrecha relación con la psicología, se proclama el valor enorme del funcionamiento de las glándulas endocrinas, cuyas influencias con el sistema nervioso y con la psiquis en general están ya comprobadas plenamente. Es, pues, exacto científicamente que los alimentos de que se nutre el organismo reparten su savia vital por todo el cuerpo humano. Pero determinadas sustancias alimenticias, que contienen materias

químicamente especiales, ejercen su acción de preferencia en ciertas glándulas orgánicas, encargadas de funciones características y perfectamente diferenciadas. El cuerpo tiroides, la glándula piñal, las cápsulas suprarrenales, etc. ¿no tienen ya para la ciencia el valor representativo de su repercusión psíquica inmediata, sea como anormalidad morbosa del temperamento, del carácter, del impulso genésico, etc., sea como desarrollo normal de los rasgos somáticos del individuo en que estas manifestaciones se producen? La endocrinología, dentro de los vastos mirajes de la ciencia contemporánea, ha abierto nuevos rumbos a todas las disciplinas que investigan la verdad. Desde Freud, preconizador del psico-análisis, cuántas novedades han brotado ya para revolucionar los conceptos clásicos de la biología y la psicología y las demás ciencias que de ellas se derivan!

Nos era indispensable hacer esta digresión, porque creemos que sí hay influencia importante en el género esencialmente vegetariano de la alimentación indígena, con respecto a determinadas manifestaciones de su espíritu. Se nos puede objetar que físicamente el indio es muy sano y muy fuerte. ¿Pero psíquicamente no es enfermo, no es un morbo digno de atención y de estudio? Y en otros aspectos, como en el sexual —que ya apuntamos antes— ¿no se nos muestra con caracteres distintos del blanco, sin las vehemencias, sin las complicaciones que en éste se manifiestan? ¿O es que el blanco es un anormal sexual, con los refinamientos crueles que lo acusan?..... (Planteamos el asunto. No nos es posible ahondarlo, porque ni tenemos la especial preparación que ello requeriría, ni es nuestra intención alargarnos en estas materias!)

El indio, el indio doméstico, el criado —decíamos— se acostumbra fisiológicamente al régimen alimenticio que es usual entre los blancos. Se anota, pues, visiblemente esta transformación. Por efecto de este cambio, ya el longo se vuelve delicado, enfermizo: si hasta en esto tiene que imitar a sus patrones!.....

Cosa análoga sucede con las transformaciones del vestido. El doméstico, y muy especialmente las mujeres que han convivido algún tiempo con el blanco, se manifiestan cuidadosas de sus vestidos. Quieren presentarse mejor. Cuando acompañan a los «niños» a las visitas, por ejemplo, han de ir las muchachas también, «mudaditas» y flamantes. Las

criadas saben observar siempre, furtivamente las más de las ocasiones, los modales de sus amos. Los aprenden a la perfección. Ya sabe cómo es el peinado de la señora, cómo es el vestido, cómo usa el afeitte, todos los requisitos de su complicada «toilette». Se fijan bien hasta en los nimios detalles que han de ir después a adiestrarse ocultamente en sus propias personas. Y muchas veces suelen tener, aunque bien escondido, el espejo y el polvo para el rostro!..... Tienen tantas cosas que imitar!

Es, pues, todo un proceso largo y formal de adaptación. El indio, el aborígen en toda la rudeza de su primitivismo, buscaría un rincón en el suelo para reposar durante la noche: la cama viene a ser un lujo al que no se halla acostumbrado; para él es suficiente la tarima dura y hosca. Pero el doméstico que se adaptó y se habituó al lecho que le dieron sus patrones, qué duro, qué malo hallaría al suelo! El indio encuentra adorable a su poncho rojo, a su sombrero duro. ¡Cómo se desaliña y se alborota cuando en las festividades le hacen salir con ropajes del blanco! En cambio, el que se acostumbró al saco, al pantalón, no gusta regresar a su vestimenta primitiva. Esto es evidente y, además, natural; es un proceso lógico de mejoramiento, una marcha adecuada de progreso.

Pero no queda simplemente en este paso la transformación que se produce en los domésticos indígenas. A más de su cambio externo, paralela y simultáneamente aparece el cambio psíquico. Si los patrones los han puesto en la escuela, aprenden los elementales principios de todo conocimiento: leer y escribir. El continuo trato con gente de mejor capacidad mental, ya que se les ocupa en los *mandados* diarios, favorece —y perjudica también— su sociabilidad, volviéndolos aptos y vivaces. (Porque los apocados, los que tienen tara congénita de imbéciles, son de excepción). Se adiestran en todo, en lo bueno y en lo malo. Por algo es vulgar el dicho aquel: «por los criados se conoce a los patrones».

Inevitablemente la longa, hecha ya mujer de mejor laya y condición, ha de tener su adorador, su amante. Sus relaciones, rodeadas ya de inconvenientes creados por los convencionalismos de una vida urbana y civilizada, tienen que adecuarse a esta difícil situación en que se desarrollan. La celosa patrona, los niños y el resto del servicio, son siempre un obstáculo muy grande. Si no se busca la ventana apartada, o el tapial que da a la calle, o si no se aprovecha de los mo-

mentos más felices y ansiados de ir con los mandados, está perdido el anhelo romántico. Pero se agudiza el ingenio para suplir estas deficiencias. ¿Acaso no ha servido ya de intermediaria entre la *niñita* de su casa y su enamorado blanco que le dió sus propinas?..... ¿Y acaso no ha llevado en cuenta la forma más correcta de proceder en estos difíciles instantes, tal como realizan los otros, los blancos? Después de todo, ella la criada —ha de ser la primera en conquistar mejores oportunidades. Y al final, si no le es permitido casarse— si es que de esto se trata— ha de fugarse necesariamente con su novio!

Aquí termina generalmente todo el triunfo del hogar doméstico como auspiciador de mejores caminos para el perfeccionamiento individual. Se ha llegado a la meta que es posible conseguir. Ya esposa, ya madre, aquella que fue una indígena desventurada, condenada a morir como nació, ahora podrá enfrentarse en valiente forma con la vida; podrá muchas veces vencerla, dominarla. Aprendió —aunque fuese mal— a cocinar, a lavar, a aplanchar, o siquiera a servir de muchacha de mano, como se denomina a cierta categoría especial de domésticas. Entonces, le será más fácil hallar trabajo en donde pueda, y vivir honradamente porque está predispuesta para ello. Aparte de las circunstancias que determinan cambios radicales en la vida; aparte de todo aquello que desorienta, que conmina a cambiar de destino, de suerte, es siempre cierto que el porvenir está dependiendo de la acción personal, del esfuerzo propio. Por lo mismo, pues, es evidente que en los comienzos de la vida de un ser se define ya la orientación que seguirá mañana, y se aprecia el grado de eficiencia que alcanzará más tarde. Esta preparación, este principio da el hogar al que vive en él. Al indio le muestra un sendero y lo hace percibir claramente las ventajas de saberlo caminar! Lo mismo al indio que a la india, en este particular sentido de adecuación y de mejoramiento de que hemos hablado.

Nos falta, además, anotar una particularidad que es común en el indígena que alcanzó mejoramiento, que conquistó un mejor rango social por efectos de su capacidad y aptitudes renacientes. Su primera manifestación de hombre remozado espiritualmente se concreta a desconocer su origen, a renegar de él, o, por lo menos, a ocultarlo prudentemente porque le causa vergüenza. El 95% de los indios procede de igual manera, en este sentido de su inconformidad con el

pasado. El indio que se hizo cholo, no puede conformarse con que le rebajen de condición a la que llegó difícilmente. Al cholo no puede decirsele indio impunemente: es un ultraje tremendo que exalta su temperamento vengativo. ¿No será esa «hiperestesia de la aspirabilidad» que Bunge supone propia del hombre de color, la que obra también, en cierta manera, entre los hombres *coloreados* nuestros?..... El que ha obtenido mejora de alguna manera, no puede ya mezclarse con los *otros*, ni puede regresar a su vida miserable, ni aceptar sus hábitos absurdos. Ahora, agranda su mirada, ve la tristeza de su vida anterior y protesta de ella. No, no volverá a esa vida, por más que las necesidades y la suerte a ello le apremien. El individuo que pasó gran parte de su vida, sea en la casa del blanco, sea en el cuartel, —otro de los refugios para su soledad, pero refugio para la materialidad de su vida y no para el alma que allí se amilana— no puede aceptar la vida de sus congéneres raciales. Se observa estos contrastes con mucha frecuencia: de una familia numerosa de indígenas, tal vez uno de sus miembros tuvo la fortuna de cambiar de vida —por cualquiera de las formas que hemos anotado— y alguna ocasión propicia y rara se reúne con los suyos: es de anotarse la diversa situación de éste en relación con los demás. Cuando el motivo extraordinario —el uno por ciento de los casos— es cuestión de familia, él, el renovado, es el que imprime rumbos a las resoluciones que se tomen; los otros lo mirarán ya hasta con desconfianza..... Por descontado que este individuo, mezcla de superfluidez vanidosa y de anhelo legítimo, no gustará más de las labores agrícolas; para él quedará mejor otra índole de vida que tenga mayores facilidades y que no sea agotadora y extenuante. Como ya es *otro*, se halla poseído de una condición ajena a su raza: la pereza y holgazanería!.....

En nuestra sociedad se diversifican varias categorías o esferas que ocupan su rango primordialmente por sus condiciones económicas. La nobleza de la sangre, en el siglo económico que vivimos, está supeditada a la nobleza del dinero. Un individuo que, por la cuantía de su haber, puede reputarse rico, conforma su actitud habitual con este valor monetario de su vida. Generalmente, el rico no suele hacer nada, desde el punto de vista de una acción creadora y fecunda. Este «no hacer nada», distintivo especial de cierta categoría de hombres a la moderna, es el peligro máximo

que puede cernirse sobre un pueblo joven. Porque amenaza la mengua paulatina del vigor y la energía propias de su edad histórica; porque acrecienta ese renglón fuerte de los improductivos egresos de su economía; porque añade, día por día, al pueblo en donde se presenta esta clase de sucesos humanos, un porcentaje de malsanas tendencias que minarán las bases de su constitución y de su equilibrio. Nosotros, herederos de España del caudal de sus idealismos y entremezclados en una vida aparente, no tenemos el principio habitual de acción que caracteriza al americano del norte. Desde la conquista, se nos enseñó la fácil adquisición de poderíos con la astucia demoledora de fuerzas, con la extorsión a los más débiles; mientras al otro lado de esta América nuestra, Inglaterra trabajaba efectiva, realmente. América hispana se hizo El Dorado para todos los ensueños de conquista, cuando América sajona se volvía un colmenar fecundo! ¿No arrancará de este momento histórico la diversa manera de formarse de los dos extremos de un mismo continente? ¿No nacerá de allí al empuje extraordinario y el poder de América del Norte, mientras los demás países se debaten en inconformidades político-sociales, en angustiosas reacciones de sus componentes ante la expectativa de su total desarmonía?

No apreciamos al trabajo. Laborar, despertar de energías, nos causan fastidio. A lo mejor nos cruzamos de brazos en mitad de la obligada faena. Sangre bullente, la nuestra, nos contentamos y tenemos orgullo de saber vibrar llenos de inigualable lirismo. Somos los eternos románticos —como nos dijera Noel— que esperamos el advenimiento de quimeras, mientras a cada paso sentimos las hondas sollicitaciones de la Vida! Si somos ilustrados, de la clase directora, dentro de las estratificaciones sociales inherentes a todo agregado humano, hemos de conservar siempre esa actitud puramente mental, ideológica en que fincamos nuestra exacta superioridad. Pero económicamente hablando —porque eso es ahora la vida y el mundo: posibilidades de valorización económica— jamás haremos nada. Si somos ignorantes, desposeídos de ilustres prendas intelectuales, tendremos que trabajar para vivir y para hacer vivir a los que nos dirigen, porque esa es obligación nuestra! Y si somos de una clase que equidista de ambas, clase media de la sociedad, nuestro esfuerzo actual ha de estirarse a conseguir mejorar de posición —justo anhelo, por otra parte—.

En el seno del hogar se nos educa y enseña a vivir de acuerdo con estas normas. El hijo de familia, ya tiene predeterminado su destino. Si es pobre, al oficio. Si es rico —lo cual no supone nobleza, como hemos dicho,— a gozar de sus riquezas y, cuando más, a tratar de engalanar su vida con títulos de honor que ha de encontrarlos necesariamente. Si es de la clase media, a buscar la forma de ascender pronto a mejor categoría, que para ello se han implantado colegios, universidades, liceos militares.....

No es que desconozcamos el valor de una conveniente diferenciación de categorías sociales, necesaria para un verdadero y eficaz estímulo colectivo. Es que no hay tal cosa entre nosotros: hay solamente una lucha desigual y porfiada, en que relucen armas mezquinas y cobardes, en que hay sarcasmo social implantado como fuerza niveladora, en que hay explotación y hay humillaciones! Los de arriba contra los de abajo; los de abajo contra los de arriba. Nada más.

País que llamamos agrícola, el nuestro, y no tenemos organizada medianamente la propiedad. La labor del suelo es denigrante; propia de cholos y de indios. Si tenemos terrenos —latifundios inmensos— son para que nos den trabajando los otros, para disfrutar nosotros de sus productos en la ciudad, en la novedosa ciudad alborotada por todos nuestros desatinos y errores. La juventud —que fuera esperanza positiva— se encamina, sonámbula, clorótica y enfermiza, con rebeldías huecas de realidad, hacia el final que entrevió su fantasía: el brillo, la figuración, el frenesí de sus anhelos. Y pasará por un colegio, por una universidad, por un liceo, etc., para ir a caer una empleomanía fácilmente remunerada..... ¡Pero adaptación para fines más prácticos, que den margen para efectivo despliegue de energías, no la hay. ¿Para qué, si ni el Estado estimula y ofrece estas posibilidades salvadoras?.....

El indio avanzado en aptitudes, listo para imitar mejores rumbos, ante el panorama social que se extiende ante su vista, no hace sino seguir la corriente, y se entrega al turbión de los ilusos conquistadores de la vida! El trabajo duro, no, no es admisible. Venga algo más fácil y «honroso». Un hedonismo desviado, torcido en su cabal interpretación, impera y domina en las sociedades. No es el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo; es el máximo

despotismo, la máxima explotación al débil con la mínima vergüenza colectiva!!.....

Si el mal está radicado en todas las esferas sociales, si el morbo cae desde arriba, claro está que ha de contagiar necesariamente al indio. Pero al indio que se ha predispuesto —quién lo creyera!— con la preparación suficiente para entender y comprender el destino de su existencia. Al indio que continúa inmune para la cultura, para la civilización —paradojas que la vida actual trae— no le llega esa enfermedad de las grandezas. El subsistirá miserable, sin anhelos, sin afanes: a lo más aquellos que resguardan su incipiente comodidad; a lo más aquellos que traen libidinosas corrientes de satisfacción primitiva, bárbara, salvaje. ¿Pero qué le importa al indio que así se califiquen sus costumbres, si jamás ha de llegar a descifrar su significación precisa?.....



QUIEN ES EL INDIO?

Se ha llegado a tal grado de confusión a este respecto, que creemos necesaria una determinación precisa, en lo posible ajustada a los dictados de la ciencia. Porque no es posible este desconocimiento que radica en disconformidades etnológicas y en mixtificaciones sociales, y que conduce a erradas clasificaciones y a no pocos desatinos de orden sociológico.

El sér que usa habitualmente el poncho de colores, el que vive aislado de los centros urbanos, el que lleva puesto sombreros enormes de lana, el que no usa ni zapatos ni siquiera las alpargatas de los cholos, ¿ese será específicamente el indio? Sí por la apariencia externa hemos de juzgar siempre, si por lo que nuestros ojos examinan, si por lo que objetivamente se muestra ante todo el mundo, ¿a qué equivocaciones no estaríamos expuestos?

Claro está que la manifestación exterior de los hombres es factor necesario de identificación de su personalidad. Pero ello no es todo. Es menester, además, ir al otro lado del problema: al aspecto interno, psíquico que caracteriza al sér y lo diversifica de los demás. Ya hemos anotado la cir-

cunstancia del desaparecimiento de los indios, en este sentido puramente externo, objetivo, en la provincia del Carchí, y la tendencia a disminuir en cantidad de los mismos, en Imbabura, a medida que vayamos al norte. En la vecina república de Colombia tampoco asoman los indios como entre nosotros. Se han hecho distintos por el mejor vestido que utilizan. Y, probablemente, es el influjo de la vecindad, de la relación recíproca de los hombres del Sur de Colombia con los del Norte del Ecuador, lo que favorece este cambio radical en la apariencia externa del indio auténtico. Si la raza se ha de manifestar, a más de las condiciones morfológicas de los individuos que la integran, por una aptitud espiritual, por una capacidad psíquica para asimilar culturas determinadas, las que encuentran propicias para su mejor desarrollo evolutivo, ¿no podremos también caracterizar al indio —de la raza americana o roja, según muchos sociólogos— de la misma manera, es decir tomando en cuenta su morfología física, externa, y su morfología moral e intelectual? ¿No será esta la manera más precisa de conocerlos y diferenciarlos específicamente?

Entre nosotros, en Imbabura, existen tantos hombres, salidos de las masas por una casualidad feliz, y que han alcanzado un mejor grado de cultura. Y aquellos que —como vimos ya a su debido tiempo— viviendo con los blancos se acostumbraron, aunque fuese instintivamente, a mostrarse mejores, a ser otros, alejados física y moralmente de los demás indios. ¿Han dejado de ser tales, de ser indios?..... Etnológicamente siguen siéndolo. No se puede borrar el origen, la historia, todo el cúmulo de hechos que significa el pasado y que gravitan misteriosamente, en cada alma y en cada espíritu. Son indios por su origen, como se es blanco o negro o amarillo, según de donde se arranca en el proceso de la generación y de la vida. Son indios por el destino que presidió la suprema encarnación de su existencia. Nada más que por eso. Si integralmente ha evolucionado el indio, si su transformación es paralela, tanto en la línea simplemente externa de su condición como en la línea interna de su aptitud espiritual, entonces se ha nivelado completamente con el blanco. No la nivelación etnológica —no tiene valor virtual tan grande— sino el equilibrio y la armonía de la educación y la cultura. No la igualdad de alturas que se miden por la cuna y el abolengo, sino la igualdad que se valoriza con el metro

educativo. Y este es el afán verdadero y necesario que debe imperar en las conciencias de los hombres, o en el programa de los Gobiernos, o en la orientación de los demagogos que haya entre nosotros, en nuestro pueblo. El indio que se disfraza de blanco, que imita exteriormente su vestido y sus defectos, no ha evolucionado. Dará dificultad para identificarlo, para distinguirlo; pero no podrá modelar el alma en mejores situaciones: se ha alterado el proceso natural y lógico que necesitaba para su rehabilitación y su progreso. Veamos a los «pupos» del Carchi, a los que en los cuarteles se los conoce con el nombre de «capariches», a tantos que ocasionalmente o por la fuerza se les hizo vestir de manera diversa de la de los indios: ignorantes, talvez más que los otros, por el contraste que los hace resaltar diariamente; pícaros, más que el resto de los indios, porque están en condición favorable para refinar sus instintivas maldades. ¿En qué han mejorado estos infelices? Han dejado de ser indios?..... ¿Ya se han transformado en blancos, como si se jugara exclusivamente con el color que da el vestido, afeite para el cuerpo, color superficial, externo?.....

No es suficiente, pues, la transformación morfológica externa. Bien puede pulirse el rostro, exagerar el lujo, conseguir condiciones físicas favorables, tener dinero, etc.; ¿pero el espíritu, el alma? No ha de acabarse el indio. A través de las edades subsistió y subsistirá mañana. Persistirá en mantenerse puro, o logrará cruzamientos. Y será el mismo, si acaso no se puede reformar su vida íntegra, tanto la vida fisiológica y exterior, la de conformidad con el medio ambiente, cuanto la vida del espíritu que es la más necesaria y valiosa.

Indio es, pues, todo aquel que perteneciendo a la raza autóctona, propia, vive en forma tal que participa de las tendencias y usos que a los demás les son comunes. El individuo que, teniendo los rasgos físicos del rostro, el índice cefálico, el vestido, etc., igual al rudo indígena que no sale de su estancamiento; ha logrado sistematizar su existencia de manera de producir mejoramiento, por obra de factores educativos que se le proporcionaron y se pusieron a su alcance, está en condiciones felices para cambiarse inmediatamente, para transformarse —no en blanco, ni en arrio o semita— y volverse igual en cultura a cualquiera individuo de la espe-

cie humana con quien tenga que parangonarse y sufrir sus influencias.

¿Qué importa el origen, la cuna del hombre, con respecto a su posterior valía social? ¿Qué influencia decisiva puede aportar —a más de las taras biológicas y raciales— el factor del nacimiento en determinadas condiciones para el desarrollo de la personalidad que se vislumbra en cada hombre? ¿No hemos descartado ya la preponderancia de las razas, desde el punto de vista de sus cualidades psíquicas, ya que existe posibilidad de nivelación espiritual, de alcance mental, por obra y gracia de la educación conveniente y oportuna? ¿Acaso en la raza de Guathemoc y de Atahualpa —focos de irradiación maravillosa en la autóctona progenie— no ha habido aptitudes, no ha habido méritos? Nosotros mismos contamos con un representante altísimo, símbolo de la raza, escritor de la época incásica: Collahuazo. A pesar de que se quiere echar sombras de inexistencia, de inverosimilitud, de pura creación legendaria —obra de Velasco, es decir obra inconsistente—, para nosotros tiene valor de realidad y de triunfo.

El indio es inconfundible. No se oculta, no puede ocultarse, por más que simule hacerlo dentro de los convencionalismos de una sociedad como la nuestra que facilita los vericuetos para toda clase de escondites. No puede ocultar su fisonomía tosca, inexpresiva, su vida miserable y su ambiente apocado. Peor podrá ocultar su alma infiltrada de infinitas pesadumbres, de perplejidades inconscientes. En la vida colectiva, en la existencia social de los grupos humanos, cada entidad individualizada por todas las tendencias suyas, muy suyas, tiene su rumbo por el que se encamina hacia el porvenir. Unos grupos más pronto, otros más tarde. Unos con marcha igual y segura; otros, con recelo y con terror de caer en el abismo. Tal sucede con los indios, como sucede con los cholos y con los negros y con los blancos.....

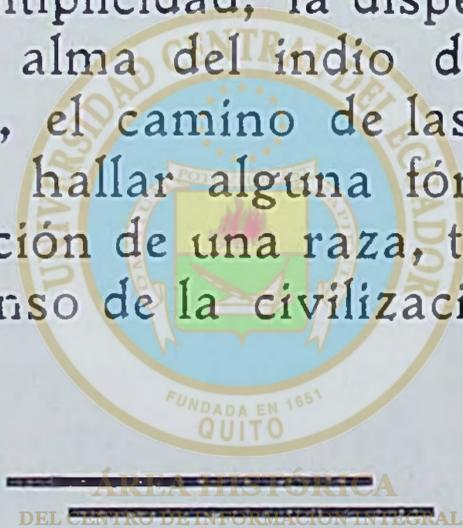
La confusión no es más que formal, no virtual. Ahondando en las consideraciones etnológicas, con respecto a los caracteres de una raza como la indígena, se puede advertir la permanencia de sus rasgos típicos de configuración, a través de las mutaciones que puede sufrir aún su propio espíritu. Pero ello no es lo importante. Lo valioso está en la aptitud que pueda ofrecer el indio para mejorar su vida: entonces sí la vida íntegra —ya lo dijimos— así física como moral e intelectual. No importa tanto el vestido que se pon-

ga al cuerpo, si el alma va a quedar desnuda. No importa el adelanto material, si el espíritu retrocede. Hay que luchar para que la evolución sea paralela y lógica: de adentro a afuera, del espíritu que manda al cuerpo que obedece! La pigmentación de la piel que da el color al rostro, no es nada en comparación a la cultura que da color al alma!

CONSIDERACIONES GENERALES

Después de las consideraciones analíticas del espíritu indígena, nos resta llegar a formular una síntesis que encierre en su contenido la multiplicidad, la dispersión de las modalidades advertidas en el alma del indio de nuestras comarcas.

Busquemos ahora, el camino de las deducciones lógicas que nos conduzcan a hallar alguna fórmula posible para la necesidad de rehabilitación de una raza, tanto tiempo postergada en el sendero inmenso de la civilización y la cultura.



Se ha aconsejado como medida salvadora una medida drástica por parte del Gobierno, por la cual se obligue al indio a cambiar de vestidos. Sería fácil —se ha dicho— impedir que los indios penetren a los centros urbanos con sus vestimentas habituales y en cambio, por las necesidades que tienen de ir a las poblaciones, se les compelería a solucionar semejante problema. Consiguientemente, tendría que cortársele el pelo para completar racionalmente su transformación. Así concebido el asunto, nos parece demasiado trivial el remedio. Una coacción, una fuerza que manda hacer algo, si ese *algo* no está conforme con el hábito normal, con la costumbre, con las condiciones de vida del individuo o del grupo social, provoca necesariamente la reacción contraria, la rebelión a esos mandatos. Se requiere un lento trabajo de acomodación del espíritu a toda reforma que se implante, sea por la ley —coactivamente— sea por la educación —conscientemente—. El

individuo es una lucha constante, es un eterno rebelde consigo mismo y con el medio que le rodea; y el triunfo de las buenas tendencias obedece al profundo sentido moral que en ese ser se haya inculcado. En el indio, personalidad apocada psíquica y socialmente, no es posible hallar formas de adaptación eficaz, a no ser sometiéndole a un largo proceso de transformación que se opera continuamente, diariamente.

Si lo que se aspira es a la incorporación del indio a la cultura nuestra, ¿hemos de suponer que lo hemos culturizado con sólo cambiarle de vestido? Ya apuntamos también estas confusiones que se originan por el falso punto de vista de que se parte, al estudiar y al analizar específicamente al indio. El vestido, la manifestación exterior del individuo, es demostración de su estado de cultivo psíquico; por lo mismo, pues, el cambio de vestido supone transformación en las condiciones espirituales de quien a ellas se somete. Pero si lo hacemos coactivamente, a la fuerza, ¿dónde queda el proceso natural de rehabilitación moral y social que quiere darse al indio? Si en Colombia no hay el indio, al menos en la forma en que se muestra ante nosotros; si en la provincia del Carchi tampoco asoma el indio con su indumentaria característica, ¿podremos decir que en Colombia no existe este problema racial y que en el Carchi no hay semejante carga para el Estado político nuestro?

La evolución debe ser integral, completa. No nos sería agradable la sola desaparición del poncho o los anacos, si ha de quedar intocada esa alma aletargada y somnolienta. No nos serían políticamente favorable estos cambios solamente exteriores, si aún la ciudadanía no exige como único requisito la presentación del sujeto, su apariencia simpática, su manera de llevar el vestido..... Ni para la política, ni para la nacionalidad, ni para los grupos humanos de inferiores dimensiones demográficas, serían beneficiosos tales cambios. Qué ganamos con que el montuvío del Litoral no sea *indio*, no lleve su vestido, si moralmente es peor quizá que aquel?..... Y qué elevación adquirimos con que el negro no sea indio, si es más ocioso, más altanero y tan ignorante como éste?..... La diversidad etnológica palpitante en nuestro país, sin el cruzamiento necesario, sin el mestizaje propicio, dispersa la energía niveladora que podría traernos la cultura. El enraizamiento de una conciencia colectiva, fundamento y base de

la creación nacional no puede hallarse en la confusión perpetua de nuestras gentes que no se unifican espiritualmente.

¿Qué hacer, entonces?

De acuerdo con las afirmaciones del sociólogo Cornejo, que supone al ambiente social más eficaz que toda influencia étnica y física, podríamos abordar el problema desde este nuevo punto de vista. Lo social modificando a lo individual, reformándolo todo de modo de constituir un nuevo ambiente. Pero este ser social habría previamente que crearlo, si se quiere acaso hacer sociedad indígena nueva, en donde surjan las «recíprocas influencias» que deben caracterizar y demostrar la existencia real de la tal sociedad. Porque la mera convivencia, la mera vecindad, la simple agrupación fugaz, sin adentramiento intermental, como hasta ahora existe en las masas indígenas, no forman, no pueden formar una sociedad. ¿O acaso conviene mezclarle al indio en la sociedad ya hecha, ya formada —aunque necesita purgarla— de los blancos?.....

Los factores socializadores, los móviles sociales que arrancan de la entraña de una multitud, hurgando en ella hasta encontrar un resorte misterioso de acercamientos colectivos; la materia primera de la formación del ente social, ¿no es difícil de precisarla y de definirla?..... La sociedad formada a base de elementos heterogéneos, de diversas capas o estratificaciones que ya calificamos de sociales, tienen siempre un punto común de contacto, una trayectoria conocida. En los indios cuyos modos de vida son comunes, hace falta aún la irradiación transpersonal, el intercambio de sollicitaciones conscientes, la «influencia recíproca», en una palabra. ¿Cómo formarla, cómo estimularla y favorecerla?

Si la modalidad de vida esencialmente rural y campesina del indígena, no presta comodidad para la evidente unión personal, física que es exigencia previa de simpatías asimiladoras, ¿cómo va a modificarse este tradicional modo de vivir de los indios? ¿Cómo formar el centro de recolección de la energía total, de donde ha de partir la fuerza transformada ya en fuerza social?

Las anotaciones sociológicas de Cornejo, pues, tienen su valor de realidad científica en las sociedades ya formadas, en las agrupaciones hechas ya a fuerza de purificaciones paulatinas y lentas. Para nosotros tienen importancia, solamente desde el punto de vista experiencial, como para ensayarlo con

el indio incluyéndole adecuadamente en el seno de una masa forjada desde hace tiempos.

Si al indígena lo aislamos en un ambiente extraño a su constitución habitual de incipiente socialización, si lo dejamos solo, el resultado ha de ser contrario a lo que se apetece. Pero si se lo prepara, se le da un baño socializador, si se lo eleva siquiera sea algo en el conocimiento de la vida, de su vida, ya puede hallar hospitalidad asimiladora dentro del conglomerado que, de otra suerte, es absolutamente ajeno para su beneficio.

Una cultura inicial, fuerza primera de modelación intelectual, es apta para asimilar otras culturas. La ignorancia es el cero del espíritu: cuanto se ponga como cantidad, se vuelve como cantidad negativa, menos de la unidad. El cero en la cultura es la amenaza de perpetuidad de la barbarie. Es menester comenzar por unidades de positivo valor, no el cero, la nada. La ignorancia no asimila ni acerca. Sólo una cultura, una preparación, aunque fuese rudimentaria, es capaz de asimilar otra cultura.

¿Pero no será posible una sociedad campesina y rural? ¿No se puede hacer una cultura para el campo, como se hace en la ciudad, no igual, por cierto, porque esta cultura urbanizada tiende siempre a una aristocratización inadecuada, a un renegar del «chagra», a un maldecir de todo cuanto no pertenezca a ella?

Es menester tomar en consideración todos los detalles referentes a la vida contemporánea, cuyos focos céntricos constituyen las ciudades, para comprender el peligro que entraña para la paulatina depoblación de los campos. De tal manera que, si aspirásemos a una reforma radical de la vida rural, en su aspecto psíquico esencialmente, de sus moradores actuales, tendríamos que preparar la avalancha de seres que caerían a los centros urbanos en busca de «horizontes» apropiados para su nueva modalidad de existencia.

Pero hacer susceptible el mejoramiento al medio ambiente rural, dotarlo de comodidades, completando en lo posible sus faltas de recreaciones educativas —halagos de vida urbana, por ejemplo—, eso no es posible hacerlo. ¿Para qué, si sería un despilfarro?.....

La población rural, integrada por los cholos que viven en los campos, y por la masa indígena tan considerable, está al margen de una vida realmente aceptable como auspiciadora

de mejoramientos. La belleza eglógica, la paz del campo, cualquiera preocupación que suene a lirismo, no tiene valor de eficiencia para la vida. Hay que buscar una medida mejor, de creación humana, que sintetice un cambio, un avance en la existencia, tratando de ofrecer oportunidades para el mejoramiento individual y colectivo.

Veamos ahora las medidas que se insinúan como favorecedoras del resurgimiento psíquico del indio, en sus relaciones con el medio ambiente social en que se encuentra y actúa.

¿Será, en este sentido, el cuartel con toda su disciplina y regímenes severos, el lugar apto para socializar al indio, para mejorarlo espiritualmente? Las organizaciones militares nuestras, como todas las de esta índole en América, están hechas a base del «cholo», del hombre del pueblo que decidió su porvenir económico acogiéndose allí. El cuartel —hay que confesarlo— es refugio para los sin trabajo. Oigase en el pueblo, recójase el sentir de la masa y se obtendrá la seguridad de nuestro aserto: refugio de los «sin trabajo». Sin trabajo —necesitamos aclararlo— sea por falta de condiciones y aptitudes de quien lo necesite, sea también por la pobreza extrema del lugar en que se encuentra. El «cholo», ante esta expectativa grave de su mañana, decide inmediatamente «darse de alta», como se llama entre nosotros a esta penetración voluntaria en las filas del ejército.

No vamos a negar los cambios radicales que se han operado, sobre todo en estos últimos años, con respecto a las condiciones y aptitudes que se exigen a los aspirantes al servicio militar, como soldados. Porque nos referimos a la carne de la Institución armada, a la masa, al conglomerado y no al cuerpo de Oficiales y Jefes que ejercen funciones de mando. ¿Pero no es aún ahora el cuartel una recopilación de analfabetos —aunque su porcentaje decrezca con el tiempo— y muchas veces de holgazanes? ¿Y qué fue hasta hace pocos años, sino el lugar a donde llegaba el hampa social en busca de pan seguro para su vida miserable? Porque aún descartando los prejuicios colectivos, que en su contra reinaban en todas partes —en contra del cuartel— era evidente ese malsano efluvio que el soldado emanaba en un ambiente social, por pobre y mezquino que fuese. Se lo tenía miedo. Su paso por las poblaciones de tránsito, o su estadía en una localidad determinada, causaban siempre un malestar social reve-

lado en temores de raptos y seducciones, en miedo de escándalos, en horror a sus frecuentes manifestaciones de su inmoralidad y de su fuerza.

Una campaña de desanalfabetización, habría que comenzar por los cuarteles que, por otra parte, prestan comodidad para ello por el régimen de comunidad obligatoria y por la disciplina a que se hallan sometidos.

¿Y es a este medio social —o socializador— al que puede creerse necesario incluir al indio nuestro?.....

El indígena —dijimos antes— se muestra respetuoso del señor cura, por la objetividad exterior de su actuación sacerdotal y aún por el hábito propio, por el vestido especial que le caracteriza y diversifica. Cosa análoga sucede con el militar, con el soldado. El indio se fija en el uniforme que lleva, la espada brillante, o el fusil que maneja y, entonces, instintivamente le tiene miedo. Si al sacerdote le consideran, al soldado le temen: tal es la verdad primaria a este respecto. Y como muchas veces el soldado ha estado armado y equipado para atacarlos a ellos, a los indios, bien saben que no son nunca sus aliados.

Si hubiese un régimen escolar, educativo, adoptado para adultos, en los cuarteles nuestros, bien se podría creer en su reforma espiritual íntegra. Porque el conocimiento simplemente mecánico de sus movimientos individuales o colectivos, sus marchas uniformes, sus ejercicios; el conocimiento de su arma; la mayor o menor disciplina —por terror al férreo castigo— todo ello es demasiado unilateral e incompleto. Podrán alcanzar ilustración militar, pero no educación integral, definitiva. Podrán ser buenos soldados, pero malos hombres, pésimos ciudadanos —y hasta pueden no serlo.—Motivos políticos, pero de una política de partido, pudo contribuir a implantar la necesidad de aleccionar a esos seres de manera de hacerlos ciudadanos, que supiesen leer y escribir y que por lo mismo, puedan tener opción a ser sufragantes en las elecciones en que se los necesita.....

Los «capariches» —lo dijimos también— son indios que prestan servicios en el cuartel. Indios que se hacen semisoldados hasta en el vestido y, peor aún, en las condiciones de moralidad de su vida.....

¿Qué haría el Ecuador con un ejército, no ya de cholos, sino de indios netos, sea que se inscribiesen voluntariamente —caso imposible—, sea que se les exigiese coactivamente,

con un servicio militar obligatorio? Y no contemplamos el caso desde el plano peligroso de la estabilidad política —peligro de reacciones y rebeldías—, sino desde el aspecto social, de adaptación social, mejor dicho, del indio, por medio del ejército. ¿Acaso en Bolivia no se hizo trágica experiencia?.....

Si tomamos en cuenta la situación actual del indio, por una parte, y la del cuartel, por otra, notamos que son dos entidades que se rechazan, dos fuerzas pasivas —pero fuerzas— que se repelen. Ni como factor de socialización, ni como derrotero de mejoramiento, no es el cuartel propicio para el indio. Pero es evidente y es lógico. ¿Acaso la socialización, cuya base íntima descansa en la psicología social, psicología que se crea y cultiva —y no se transplanta ni se impone— la socialización, decimos, se inventa con decretos ni se subsana con la fuerza dominadora y despótica?

Por otra parte, el carácter de poca fijeza, de poca estabilidad del cuerpo armado, en un sitio fijo y en un sólo lugar, va en contra del legítimo y auténtico orgullo del indio: el apego ancestral a su suelo. Porque es vulgar también, en la psicología del soldado, una realidad bien triste: el deseo de *correrse* de su tierra en donde fracasó en la vida, de alejarse de ella a toda costa. Un buen porcentaje de soldados —lo creemos con toda sinceridad—, hombres sin aptitud constante para dominar sus propios quebrantos, son de aquella categoría que la llamaremos de *despechados*. Sólo que se hicieran modificaciones radicales; sólo que se lograra una perpetuidad especial, la inmovilidad permanente de uno a modo de cuartel educativo, con armas para el alma y armas para la defensa externa, ya fuese individual o colectiva: la de la patria.

El indio no se aparta jamás de donde nació, de la tierra que es tan suya. El indio, para ausentarse, como que tratara de llevar en sus pupilas toda la maravilla de su suelo reflejada en la luz de sus miradas enternecidas. ¿Cómo no recordar esa nostalgia inmensa de los mitimaes, trasladados en masa hacia lares ajenos, cuando el Inca quiso imponer su dominio a los rebeldes; nostalgia de su tierra, de su rincón nativo: la Pacarina modelada con sus manos, trasunto del Hanac-Huarí de sus antepasados?

El cuartel no es conveniente para el indio. Descartamos, pues, esta posibilidad rehabilitadora. Mientras no se ejercite una acción social, mientras el Estado no fomente un

movimiento de todo su organismo político en favor del indio, no se habrá conseguido nada. Y el cuartel, el ejército, la posibilidad de disciplinar a los indios sometidos al régimen militar —sin la educación previa— dará resultados nugatorios.

Porque en verdad el problema es esencialmente social. Es decir, universal en sus aplicaciones necesarias y en sus consecuencias colectivas. Se trata, creemos, de una preparación lenta y grave del ambiente nuestro para recibir a un neófito; algo como el alumbramiento supremo de una energía latente que se desborda. Cuidados de madre, regazo tierno, prolijidad y amor: tales son los rumbos necesarios por parte de la sociedad y del Estado para con los indios desvalidos.

La religión —cualquiera que fuese y más aún la católica— necesita cooperar con eficiencia para la lucha educativa. Ya Vasconcelos proclamó el valor auténtico de las misiones religiosas como progenitoras de corrientes culturales en el continente nuestro. Si el poder religioso es decisivo, si su influencia es evidente en todas las capas sociales, ¿por qué no hacer obra efectiva de protección al indio, de elevación moral de su vida primitiva y rutinaria? Si en lugar de estimular absurdamente la superstición —porque el dogma no lo entiende—; si en vez de cobrarle por toda participación religiosa, por toda intervención ritual, a la que están obligados en virtud de su ministerio; si se hiciera caridad definitiva adoctrinándole convenientemente, sirviéndose para ello del fuerte acicate del fervor cristiano, sugestionándole primero y convenciéndole luego con explicaciones a su alcance; si se le llamara con el pan para el cuerpo y para el espíritu, antes que hacerle correr con los cobros repentinos —valor de las misas, de los responsos, del matrimonio, del bautizo, de exequias, etc.—, ¿no se haría en realidad obra buena, obra humana impregnada de las virtudes que enseñara Cristo? ¿Por qué el sacerdote de la parroquia rural, cualquiera sacerdote, no podría estarse junto al indio —que lo está en realidad— para enseñarle buenos caminos, comenzando por inculcarle razón y no terrores sobrenaturales que le apocan y confunden? ¿Por qué no se preocupa el cura de hablar su propia alma, de suavizar sus maneras, de hacer su voz como una caricia para empapar de dulzuras a las almas de sus fieles y atraerlos hacia sí y hacia el credo que propaga?

Si hallamos misioneros buenos que hacen apostolado de martirios al penetrar en las selvas nuestras para repartir luz entre los salvajes —los salesianos, por ejemplo— ¿por qué el sacerdote de nuestras serranías, amparado por sus superiores, protegido por la sociedad y el Estado, no emprende una labor santa con el indio, que no es el jíbaro oriental tan escurridizo y obscuro?

Nada se ha hecho. Nada, sino aprovechar de su ignorancia y su vanidad para obtener ventajas de su *fé* tan desprendida.....

Nosotros hemos visto casos tremendos —puede que sean de excepción, pero lo dudamos— en que el cura del pueblo no quiere administrar los sacramentos y realizar el ceremonial usado, mientras no le paguen lo que vale su trabajo.....

¿Será esta la forma de educar a las masas y, lo que es más para la religión, de conquistarse almas para el Cielo?.....

La culpa enorme la tenemos todos. Toda la sociedad, todo el agregado nuestro. El grupo humano que se reputa culto, con mejores caudales de civilización, ostenta su poderío y hace gala de despreciar al indio. Somos una sociedad hermética, misteriosa: gustamos de nuestra comodidad y negamos un poco de oxígeno espiritual para el indio. O apenas le hacemos vislumbrar el milagro de la luz y de la libertad, pero lo dejamos bien encerrado en su cárcel estrecha y eterna: la de la incomprensión y la miseria! Es necesario comenzar la campaña por nosotros mismos; es preciso que nos reformemos individual y colectivamente; que hagamos una sociedad amplia, fraterna, humana; que favorezcamos, que cooperamos a la formación espiritual de ese gran bloque racial que a nuestro lado vegeta sin anhelos, sin afanes, sin vida. Es menester sacudirnos de los prejuicios que tanto mal nos hacen; prejuicios rancios y absurdos que no tienen otra causa que nuestra soberbia o nuestra ignorancia. Creemos —y hacemos que esta creencia se haga íntima— que el indio es un sér aparte, despreciado, renunciabile por dañino y malsano. Sabemos infiltrar en el alma de nuestros propios hijos este afán torpe de desprecio sin motivo; sabemos enseñarles con ejemplos diarios nuestro engaño, nuestra explotación cotidiana, nuestra superioridad sobre el indígena. El niño se per-cata de estas cosas y comienza —él también— a cooperar en esta tarea universal de anonadamiento de un espíritu que antes fuera fuerte y robusto. Somos malagradecidos: ellos nos

ayudan y nos hacen ricos; nosotros los humillamos en pago de sus beneficios.

Si quisiéramos darnos *tiempo* —somos muy ocupados!— para atender a esta obligación nuestra, para descartar esta complicidad social de desamparo y de exterminio del alma taciturna y mansa —mansa por su pasividad— del indígena; si quisiéramos dedicarle un poco de atención, un poco de piedad o de lástima —aunque esto no es admisible dentro de una sociedad bien organizada—; si pudiéramos reconocer sus derechos; si pretendiéramos implantar una verdadera solidaridad social, ¿acaso no podríamos nosotros mismos levantar al indio, elevar su personalidad, hacerlo hombre?

Si la libertad supone el dominio de este derecho inalienable; si el derecho sustancialmente existe en la persona capaz de poseerlo; si el ser es una entidad cuyo valor virtual depende de la armonía de sus condiciones propias con la razón que le guía y auxilia, ¿no son todas estas cualidades, estas conquistas ideológicas, estos axiomas nuevos para hacerlos prácticos y efectivos en la vida social en que nos hallamos? ¿Qué van a servir entonces la libertad, el derecho, la persona, si nadie los reconoce como tales? ¿Qué nos importa proclamarnos libres, que nosotros mismos nos creamos sujetos de derecho y personas capaces, si no pasa de nuestra alma este reconocimiento y sin que los demás nos respeten y consideren? Yo soy libre, y allá no más otro hombre igual a mí, ataca mi libertad; tengo derechos, y la misma sociedad me los conculca; soy persona, y es la civilización a la que tengo opción, la que me rechaza y me lo niega!..... ¿No sucede esto entre nosotros, y no es aún peor lo que pasa con el indio?

Principiemos, pues, nosotros por respetarlo para que él nos respete. Desvirtuemos esa creencia tradicional de nuestro atropello a sus derechos; de nuestro inhumano ultraje a sus personas. El indio nos tiene recelo: infundámosle confianza, pero no con palabras vacías, sonoras, nada más que sonoras y cuya misma sonoridad le aturde y confunde, sino con realidades y con hechos.

Si somos hacendados, si somos ricos, nos es más fácil protegerlo y auxiliarlo. Reconociendo su valía —aunque fuese con miras utilitarias—, hagamos que nos tengan como

aliados suyos, aliados más fuertes, y no sus enemigos encarnizados y eternos.

En tratándose de las obligaciones del Estado, como entidad suprema de la organización política, con respecto al indio, vamos a tratarlo con algún detenimiento.

Si la sociedad política —ya lo dijimos antes— encierra en su contenido todos los fines, todas las manifestaciones de la energía vital que en su seno se propicia, es evidente que el Estado es el que debe intervenir con su poder, con su tutela, con su amparo, en todas las ocasiones en que su propia finalidad, la razón de su existencia, le llamen y soliciten con premura.

El Estado tiene la responsabilidad ante el mundo y ante la historia. El Estado tiene que velar por el mantenimiento del equilibrio de sus componentes demográficos, por la nivelación social, por el progreso del pueblo que le pertenece.

Qué ha hecho el Estado ecuatoriano en favor del indio? Y, sobre todo, qué debería hacer?

El Poder Legislativo, el que imprime el rumbo, dicta la norma directriz de la actividad humana, es el eje primordial sobre el que gira y se desenvuelve la vida toda de la colectividad sometida al imperio de una misma ley. Los Congresos —seamos francos—, preocupados en resolver problemas de orientación política (con el concepto nuevo que se ha dado a esta palabra), ensimismados en la contemplación de incógnitas que se le presentan a cada instante —incógnitas económicas sobre todo— y sin la sabiduría necesaria para solucionarlas debidamente, sin la preparación que requiere la alta jerarquía de su poder, acumula año por año leyes inmensas que no tienen otra aplicación que la de su probable quebrantamiento. . . . Y la norma se implanta, las más de las veces copiada de legislaciones extrañas y diversas, porque es extraño y diverso el pueblo que ha de vivirla y cumplirla. Y no es adaptación al ambiente propio —que esto sería bueno— sino copia servil de ajenas leyes, como si fuésemos iguales en la vida e iguales en el desarrollo paulatino que a todos los pueblos corresponde.

La abolición del concertaje, siquiera del texto de los Códigos; la ley de Accidentes del Trabajo, la supresión de la prisión por deudas, la reglamentación de la jornada de ocho horas, etc., tales son las normas jurídicas que quieren prestar su apoyo en favor del indio. ¿Será esto suficiente? ¿Creeremos terminado el programa de acción legislativa en beneficio del indio, para favorecer su rehabilitación completa?

Desde la organización de la propiedad privada, eje fundamental de la riqueza del país (Vasconcelos anota como principio de la educación del indio), hasta la fundación de las escuelas campesinas, para indios; desde el desarrollo del individuo hasta la complicada regulación del espíritu social de las masas: he ahí la trama enorme del papel legislativo en nuestro pueblo.

El Poder Ejecutivo, fijada la norma legal, tiene que cuidar de su recta aplicación en la sociedad. Con referencia a la necesidad de su cuidado, de la extensión de su fuerza por todos los ámbitos de su dominio político, cómo requiere la purificación de sus conceptos de mando y poder, cómo precisa la selección de sus agentes que den garantía y eficacia a la misión que desempeñan! El Teniente Político es la autoridad primera en el rango preestablecido de la administración, la que está en íntimo contacto con el grupo, con los indios sobre todo. Estas autoridades necesitan ser hombres íntegros y honrados, que salvaguarden los principios básicos de la organización social. Ellos, por lo mismo, han de ser escogidos: bien remunerados para evitar el abuso, bien controlados para evitar la explotación, y preparados suficientemente para no caer en la barbarie y el despotismo.

El Poder Judicial ha de resolver las posibles dudas sobre el texto de las leyes y ha de sancionar sus violaciones. Si este Poder es el llamado a prestar tan valiosa ingerencia social, a cooperar para la elevación del nivel ético de los pueblos, salta a la vista la necesidad de su solidez y cohesión, la exigencia de su regulación racional y correcta. Es a este Poder al que toca más de cerca enfrentarse con los indios. Y es a él, entonces, a quien conviene modelar sus actuaciones de manera que haga posible un avenimiento, una paz, un orden que ha de implantarse en las capas sociales más obscuras y bajas: la de los indios.

Los tres Poderes del Estado —como pensara Montesquieu— se hallan ligados por un fin único: la realización del

Derecho, la captación de una armonía que hace real la felicidad colectiva, en marcha siempre hacia el perfeccionamiento. El Poder Administrativo es el auxiliar evidente, el que se halla en todas las esferas del poder político general, para cooperar a la realización de sus fines esenciales.

Apuntadas —aunque no hacía falta, por muy conocidas— las bases en que descansa la acción constructiva del Estado, veamos en detalle la manera de ver nuestra con respecto al problema del indio y sobre la posible cruzada que impulse a conquistar —reconquistar, diríamos, recordando a Waldo Frank— los espíritus timoratos de los indios, no sólo de Imbabura, sino todos los de nuestro país.

Jamás podremos hallar un remedio o una solución, sin partir del concepto educativo. Sin educación, no hay para qué tratar de estas cuestiones tan complejas: ella es la piedra angular —frase consagrada— sobre la que ha de elevarse la construcción espiritual más delicada y grave para el futuro del país: la elevación de la dignidad humana, la elevación de la personalidad del indio, que ha de favorecer el triunfo de los mestizajes convenientes para la armonía de la raza nuestra, base de sustentación, a su vez, de la nacionalidad ecuatoriana.

El problema es amplio y fuerte. Para una metodología pedagógica moderna sería un campo de experimentaciones muy fecundas. La escuela para el indio; dicho en otra forma: el maestro para el indio. Porque el grave suceso actual radica en el maestro, en el guía, en la mano tendida en ademán lleno de bondades para conducir al indio. La escuela actual, el maestro actual, por admirables dotes que posea para el magisterio, quizás no está capacitado para semejante labor. Mezcla de padre y de consejero, de apóstol y de iluminado, el maestro de indios ha de ser una figura que irradie enseñanza. El maestro rural, el que va a estar en íntimo contacto con el campesino o con el indio, necesita llevar el alma siempre abierta a todos los efluvios de la vida.

El indio se recela del blanco, le tiene temor y desconfianza. Tal vez daría resultados más efectivos si se lograra sacar de su propia masa, de su esfera, a aquellos que pudieran ser como intermediarios, como auspiciadores de mejores relaciones con el blanco.

Jamás se ha hecho una tentativa de modificación de estos sistemas. Porque la escuela rural actual y la predial que, escasamente y en malas condiciones funciona en las haciendas de los buenos propietarios, no tienen aún los requisitos más felices para atraer al indio, para hacer brotar cariño por la escuela. Es que lo que se necesita es vencer la gran fuerza que contrarresta toda acción educadora, toda tentativa de mejoramiento: los prejuicios, las taras esclavizadoras, el medio ambiente hostil, su apocamiento que le hace mirar muy poco y que le obliga a perpetuarse en ese nivel bajo de moralidad y de inteligencia.

La organización de una verdadera escuela para indios —ya lo expusimos también— debería consultar un régimen de apoyo a sus propias modalidades, encausándolas, guiándolas de manera eficaz y oportuna. Una escuela de acción cotidiana y con miras de practicidad inmediata; algo que despierte interés —no por cierto codicia— por la utilidad que entraña. Escuela industrial, escuela de trabajo; combinado todo con un sistema cultural paulatino, adecuado a las situaciones propias del indio. Una escuela en que el quichua sea un vehículo transitorio hasta adaptarse al lenguaje castellano. Por esta consideración importantísima del idioma juzgamos, además, necesaria la intervención de maestros campesinos, sacados de aquella capa social y que pudiesen mediar favorablemente en pro de la castellanización del indio.

Maestros rurales, a más de cualesquiera de los que ahora existen y que por los azares de su suerte se convienen en ir al campo, percibiendo escasos sueldos, estos maestros apropiados —decimos— no los tenemos nosotros. Falta crearlos y prepararlos convenientemente, con una capacidad verdadera con conocimientos especiales para la índole nueva del trabajo que tendrían que afrontar.

Se insinuó ya, en alguno de nuestros Congresos, la necesidad de un ensayo educativo con el régimen escolar moderno, tomando como lugares adecuados para ello a los cantones de Guano y Otavalo. Como ensayo educativo, como tentativa de culturización para el indio. Se insinuó, nada más: no se ha cumplido el anhelo. ¿Acaso se teme el fracaso experiencial? ¿Talvez resulta costoso, un despilfarro más, un gasto innecesario, porque se trata de los indios, tanto más cuanto que la época de crisis aguda para la economía nacional arrecia día a día?..... Pero ni se ensaya siquiera: si se

va a *arriesgar* a dos porciones de indios, de dos localidades solamente, mientras al resto no se los pone en *peligro!*.....

El treinta de setiembre del año pasado, mil novecientos treinta, se dictó el Decreto Ejecutivo en favor de las escuelas rurales. (Es política nuestra: acumulación de Decretos o de hermosas leyes, bellas, justas; pero sólo eso: leyes y Decretos!). El art. 5º., del mentado Decreto, dice: «La escuela elemental o rural es una institución esencialmente democrática (ni habría faltado más que no lo sea!) y educativa que tiene por objeto atender al mejoramiento de la población campesina, incorporándola a la cultura nacional, en forma más eficiente. Sus finalidades serán, en consecuencia: 1ª.—Despertar y arraigar el amor por la tierra; 2ª.—Eleva el nivel económico y social del campesino, capacitándole para el aprovechamiento racional de los recursos culturales que le ofrece el medio, mediante la instrucción de nuevas prácticas y la enseñanza de las pequeñas industrias rurales; 3ª.—Fomentar el espíritu de cooperación inteligente en la comunidad y demostrar la eficacia de dicha cooperación; 4ª.—Dar las formas elementales de una organización social; 5ª.—Crear hábitos nuevos de trabajo, de higiene, de moral y de civismo; 6ª.—Enseñar, haciendo las cosas, y 7ª.—Tender a la transformación del hogar, para alcanzar un bienestar mayor, en lo que se refiere a la alimentación, vestido, vivienda, distracciones, etc., modificando las costumbres viciosas y creando las necesidades propias de la vida civilizada».

Bueno, hermoso el idealismo que entraña el Decreto anterior; pero idealismo, es decir, utopía! Y para el mejoramiento —no se dice creación— del profesorado rural —es decir del existente ahora— anota el art. 9 del mismo Decreto, y mayor eficacia de sus labores, las Direcciones Provinciales de Estudios organizarán centros pedagógicos en la zona de la sección territorial de su dependencia, en el número que estimaren conveniente».

Para Imbabura se han creado cuatro de estos centros pedagógicos: Ibarra, Otavalo, Cotacachi y Tumbabiro. Los Visitadores Escolares dan conferencias sobre un extenso plan de anhelos educativos propios del ambiente rural. Todo ello está muy bien. Pero es insuficiente. La escuela rural nuestra está aún inadecuada para el indio: falta colorido que atraiga, que despierte confianza, que siembre deseos; falta el número preciso para la inmensa mayoría de indígenas. ¿Có-

mo va a ser consolador que en Imbabura, que tiene de setenta a ochenta mil indios, apenas vayan a sus escuelas algo más de doscientos alumnos indígenas? ¿No es acaso un porcentaje mínimo, miserable, revelador de la inacción mental de la masa indígena o de la ineficacia práctica —en este aspecto de despertar afanes culturales— de nuestras escuelas?

La escuela rural para *campesinos*, no es aún el tipo de la escuela para *indios*. Y el maestro rural nuestro no es, no puede ser, el adecuado para la enseñanza, para la educación elemental que ha de darse al indio. No tenemos esos maestros, ni los formamos todavía. Lo más que se trata de hacer es mejorar a los actuales, y mejorarlos sólo con decretos...

Es necesario forjar una sociedad, hacerla brotar de la masa informe de los indios; es necesario fomentar la «recíproca influencia» entre los individuos que hoy se aíslan unos de otros. La sociedad aparecerá naturalmente cuando los componentes, ahora dispersos, por fuerza de sus egoísmos y de sus instintos, por su falta de cooperación intelectual que asimila y entrecruza anhelos y determina fines únicos y solidarios, aparecerá —decimos— cuando se acerquen a la verdadera fuente de unificaciones y equilibrios: la educación. Los indios cooperan y se apoyan materialmente, fraternizan para el trabajo o para el sufrimiento: falta la cooperación moral e intelectual que puede dárseles valiéndose de la primera. ¿Cómo? Aprovechando de toda situación favorable, de toda oportunidad propicia. Recordamos haber oído a muchos indios que saben leer y escribir y que suelen justificar este anhelo rudimentario de cultura por sus afanes de «entender», a su modo por cierto, los asuntos de sus pleitos diarios, de sus contiendas tan frecuentes. Todo indio aspiraría a ser lo suficientemente listo y sabio para defenderse y defender lo que le es tan caro: su propiedad. Allí vemos un resorte explotable, oportuno: aprovechar, hacerles aprovechar por indios previamente educados, esta imponderable sugestión, haciéndoles palpar la utilidad —ellos son utilitaristas siempre— de un aprendizaje que sólo da la escuela. Si los indígenas que viven en los centros urbanos —de los que hablamos también antes— imitan y aprenden y se capacitan para mejor vida; si esos indios que se renuevan de tiempo en tiempo en los hogares de blancos —nos referimos a Imbabura— talvez en número de doscientos o trescientos en toda la provincia, si

ellos pudiesen ser aprovechados como mediadores, como intermediarios eficaces para semejante campaña, ¿no se podrían conseguir resultados halagüeños en orden a conquistarlos para la escuela arrancándoles esos tradicionalismos primitivos? Y si el blanco, en todas partes, en todo hogar, en todo centro, se comprometiera por un período necesario a educar a los indios que pudiese, a cambiarlos, o a favorecer su espontánea evolución, como sucede con los domésticos, ¿no sería práctico y beneficioso esta renovación paulatina de una formación indígena que podría después cooperar respecto del resto, de los demás? ¿No sería esto forjar una sociedad nueva?

Así debería hacerse, así debería ensayarse entre nosotros. Se cooperaría eficientemente a la acción ordenada y sistemática que desplegaría el Estado con sus escuelas, con sus estímulos, con sus recompensas. Se serviría del cuartel para disciplinarlos —un cuartel que tuviese escuela—. Se valdría del misionero —un religioso integralmente adecuado— que hiciera obra de propaganda apostólica, verdadera y que infiltrara en el alma del indio el afán del resurgimiento y progreso. Y se cooperaría en la obra socializadora, educadora de todo el grupo humano que se precia de culto, grupo que trataría de dignificar y respetar la valía virtual de la persona del indio.

¿No es este un programa realizable? No decimos que se harían prodigios en corto tiempo, no. Estas cosas son con largos plazos, con largas esperas. No se improvisan; se crean y cultivan lentamente.

El indio remozado espiritualmente evoluciona en todo. Vestidos, hábitos de vida, métodos de trabajo, todo al nivel de su alma. Las necesidades se le aparecen en su propio espíritu y no se las crea —aunque fuese a la fuerza— sólo con los Decretos que dictan los Gobiernos. Hay que trabajar por conseguir necesidades. La necesidad, reveladora de inquietudes profundas del espíritu, tiene un campo nutricional en que se desarrolla y se agranda: la civilización, la cultura. La necesidad es el fruto de una siembra maravillosa: la educación. ¿Cómo recoger frutos sin la gesta fecunda de la simiente puesta en el surco propicio? Las necesidades no se trasplantan: ellas exigen suelo firme, suelo propio.

Necesitamos nosotros copiar —pero una copia acomodada a nuestra idiosincrasia— la sólida reforma social im-

plantada en México, en beneficio del indio. La creación de «circuitos rurales» sería favorable. El señor Francisco Ortiz Monasterio, a este respecto, dice: «Los circuitos rurales consisten en lo siguiente: Se toma como centro del circuito una escuela rural sostenida por la federación (nosotros diríamos: por el Estado) y se determinan algunos puntos en las inmediaciones que carezcan de escuelas y en los que los vecinos o ejidatarios se comprometan a sostener un maestro para cada lugar en que deba funcionar una escuela, bajo la supervigilancia directa del maestro rural de la escuela centro. Como se ve, en este sistema de circuitos, las comunidades llevan toda la carga, pues la Secretaría de Educación Pública sólo ha dado la idea y los primeros pasos; pero son los vecinos los que pagan todos los gastos y sostienen la escuela». Esta forma de cooperación social triunfa en México, y en año y medio se logran instalar dos mil quinientas «escuelas circundantes», como apunta el señor Ortiz Monasterio.

¿No se podría cooperar de esta manera práctica entre nosotros, antes de dedicarnos —Gobierno, Instituciones y y pueblo— a declamar muchos lirismos educativos?

Si queremos salvarnos, salvando al país de su inacción inmensa, hagamos, procedamos. Comience el Estado con iniciativas felices: implante un sistema político nuevo: el de la reforma. Necesita reformar todo, desde su constitución orgánica hasta el programa acomodaticio de sus fines. Todo ha de reformarse. La reforma es un imperativo ético-político en nuestro país, llamado a prosperar y mejorar. Comencemos pronto que la vida nos apremia ...

El mestizaje se proclama como necesario para nuestros pueblos. América es apta para el injerto salvador de sus autóctonas fuerzas demográficas. La Argentina, el país mejor constituido como nacionalidad fuerte, finca su orgullo en esta cualidad meritoria: su mestizaje, su mezcla que ha triunfado hasta conseguir la argentinidad legítima.

Favorecer la inmigración, la buena inmigración, proporcionando facilidades para ello, haciéndonos conocer y mos

trando la explotabilidad de nuestras tierras sin cultivos —aunque Wolf, según el Dr. Jaramillo Alvarado, haya negado el valor agrario de nuestro suelo—; favorecer las corrientes de turismo, y más aún la de gente colonizadora, enderezando el rumbo efectivo de las actividades que a este respecto se han desarrollado ya entre nosotros —fracasos dolorosos—, haciendo caminos, abriendo sendas que combatan las barreras que la naturaleza puso en nuestro país; todo ello es un programa salvador que exige cuidados y precauciones y, sobre todo, acción por parte del Estado.

Si a nuestra masa indígena le preparamos convenientemente, la elevamos algo en su nivel educativo, la hacemos vivir mejor, descartando ese ambiente de miseria que le acaba y daña aún físicamente, volviéndola gente indeseable, repelente, ¿no sería fácil el cruzamiento, el mestizaje que con el tiempo lograría purificaciones hasta llegar al tipo bueno y bello de la raza americana, síntesis de razas como creyera Mancini y Vasconcelos?

El medio americano es favorable. Ya lo expuso el ilustre pensador peruano, García Calderón en su libro: «La Creación de un Continente»: «Las minuciosas estadísticas americana —(menos la nuestra, hay que aclararlo)— comprueban que las razas más irreductibles sufren la acción del medio americano: el alemán, se yanquiniza; el italiano, se argentíniza; el descendiente de iberos e indios, se latiniza. Autores del inquieto desarrollo de la nación ibérica son indígenas, mestizos».

Sobre las peculiaridades del mestizo, se ha hablado ya mucho. Por nuestra parte, debemos anotar que el «cholo» es el pueblo, la gran masa, clase media de la sociedad llamada a integrar los destinos del país. De allí surgen las empresas heroicas y las rebeliones humanas y justicieras. Sinmel anota también esta particularidad, y dice: «En la América del Sur las revoluciones son hechas por los mestizos antes que por los indios y por los negros». La clase media, según el indicado sociólogo, está en perfecta lucha: repele a la inferior con la que no quiere confundirse y aspira a nivelarse de cualquier modo con la clase superior: sea derrocándola violentamente, sea elevándose a un plano igual de valías y poderes.

El hijo bastardo —aclara Sinmel— hijo de noble y plebeyo, es el enemigo más encarnizado de la aristocracia. ¿Tal-

vez las leyes de la herencia, proclamadas por Mendel, tienen verdadera eficacia a este respecto?..... La Dirección de Estudios de Imbabura nos observaba esta condición: el longo escolar acusa mejor aptitud mental que el cholo. Este hereda los vicios, las taras negativas de sus progenitores. La Biología se resiente bastante con semejantes dictados. Y en tratándose de los indios, nadie puede creer que los ha medido espiritualmente!.....

Si fuera posible, en el estado actual de los conocimientos científicos y pedagógicos, medir matemáticamente las aptitudes psíquicas; si se pudiera, en los hechos sociales y espirituales, hacer lo que en los hechos físicos, es decir, someterles a la experimentación en el laboratorio, reproducirlos a voluntad, cambiarlos y modelarlos..... Pero en el laboratorio de la vida ¿qué se puede hacer ahora? «Cual no sería nuestro gozo y nuestro triunfo si llegásemos algún día (y esta esperanza no tiene nada de insensata) a medir por instrumentos delicados las energías que en la conciencia se manifiestan bajo la forma de sentimientos, de ideas y de voliciones» —apunta el Dr. Maudsley (Fisiología del espíritu.— Cita de Roberto Agramonte y Pichardo).

El mestizaje es necesario y, además, inevitable. No sucederá como en Estados Unidos en donde se conserva el puro tipo anglosajón. Los americanos del norte, puritanos aún en esto, en el sexualismo delineado y limitado por fronteras bien cerradas, querían perpetuar la teoría del hombre selecto proclamado por Darwin. Desde épocas remotas de su vida en el nuevo mundo, los ingleses de América pidieron a los de Europa un cargamento de mujeres que —según cuenta E. Laboulaye («Estudio de la Constitución de los Estados Unidos:— Cita de Vallenilla Lanz)— fueron cotizadas a setenta y cinco libras de tabaco cada una!.....

En la América del Sur —América hispana, si se quiere—, no ha de suceder esto. América tiene hasta inclinación hereditaria para el cruzamiento: si España misma no pudo sustraerse al mestizaje asiático y africano, durante ocho siglos de dominación extraña, ¿cómo no va a hallarse campo propicio entre nosotros para el florecimiento de la raza robusta, mezcla de las razas mejores? Será inevitable. Llegará el tiempo del reinado de la belleza, de lo estético sobrepujando a la razón, como cree Vasconcelos, y entonces se depurará la estirpe americana. ¿Acaso los españoles mismos, en plena

época colonial, no se cruzaron legalmente —por matrimonio— con las vírgenes indianas que los cautivaron con su belleza incomparable? Si nosotros tenemos el claro ejemplo del Capitán Rodrigo de Salazar que casó con una hija del Cacique de Otavalo, ¿no es esto muy cierto y positivo para borrar aquella corriente de ancestral repulsión de todo lo que es indígena?..... Si el indio es feo, dice el mismo Vasconcelos, es por las condiciones de su vida habitual; como son feos cualesquiera individuos de otra raza que viven sumidos en la miseria y el hambre. El lujo, la comodidad, la vida mejor, obra en favor del aspecto físico y lo mejora notablemente!

La organización adecuada de la propiedad es otra importantísima tarea legislativa y política en general. Este es un problema que roza con las perplejidades de la hora presente; perplejidades político-sociales, por miedo a la intervención comunista que arranca desde la fuente prodigiosa de la Rusia de los Soviets!.....

La actitud que ha tenido el Estado, a este respecto, ha sido nula. No se ha hecho nada. ¿Pero no es el mismo Estado un gran latifundista, un feudatario empeñado en mantener una gran porción de tierras que nunca logrará cultivar?..... El indio nuestro es un miserable, un infeliz. En Imbabura, posiblemente el 50% de los indios no posee nada. Esta es la razón de sus desatinos, de sus desastres y la causa única que, alguna vez, hará peligrar la paz que parece existir ahora. Una paz hecha de esfuerzos, una calma tremenda, como en los océanos, talvez presagiadora de tempestades. ¿Los sucesos de Cayambe —por más que quiera ocultarse su virtual sentido reaccionario, y por más que se crea en la poca participación del elemento indígena como gestor espiritual— esos sucesos últimos que se aplastan con la fuerza, ¿no serán el comienzo de un incendio inevitable en el cercano mañana? Pero si eso quiere evitarse, evitarse la rebelde explosión, ¿por qué no se favorece el natural proceso de regulación de la propiedad privada? ¿Por qué no se principia —dando ejemplo los Gobiernos— a un fraccionamiento justiciero, equitativo de las tierras que puedan cultivarse? ¿No es triste saber que de los dos mi-

llones de habitantes del país nuestro, apenas una escasa cuarta parte goza del privilegio de la propiedad del suelo, como anota el Dr. Jaramillo Alvarado, al razonar su voto en la última Asamblea de Municipalidades, realizada en Quito; voto en favor del campesino ecuatoriano en sus relaciones con el dominio de las tierras?.....

El indio cree —creencia que puede ser irrazonada, torpe, lo que quiera— en el despojo que le hicieron los blancos desde la tragedia de su conquista!..... El indio quiere volver a ejercer su antiguo dominio, inmenso, innumerable. Quiere ser el rey de sus comarcas pródigas.

En la época incásica fué señor y esclavo. Supo compaginar este antitético dualismo: señor de su tierra, esclavo de su dios y de su rey. Pero ahora..... ahora, sólo esclavo. «Ni entre los aztecas y los incas existieron desigualdades sociales basadas en la mayor o menor riqueza. Las palabras rico o pobre no tenían equivalente en esos lenguajes» —anota Navarro Lamarca. («Historia General de América.—Buenos Aires 1913). Pero en la actualidad encontramos precisamente lo contrario. La organización, es decir, la desorganización agraria es incuestionable entre nosotros.

Se quiere, se aspira —siquiera en las vehemencias de una pueril utopía —a reformar las condiciones de vida de los seres que conviven en el país ecuatoriano; se trata de modelar nuestras esferas sociales; se pretende encauzar las corrientes educativas para el indio, y no se principia por preparar el campo de cultura, la zona de experimentación psicológico-social a base del reparto parcelario de las tierras. No es posible el mejoramiento intelectual sin el paralelo mejoramiento del medio económico. Hacerse culto y morir de hambre; ilustrarse y ser miserable, paupérrimo. Tales son las consecuencias que se desprenden de estos vicios nefastos de nuestra situación actual. La vida es ahora —dijimos antes— ante todo valoración de posibilidades económicas. Nuestro siglo positivista, materialista, lo que quiera apodársele, es una exigencia dolorosa y constante de rumbos económicos mejores y eficaces. La ciencia, la ética, la política, el arte, toda actividad espiritual caen al golpe del gigante: el pan de cada día. Ariel y Calibán en lucha a muerte. ¿Pero no es exacto todo esto, aunque sea doloroso confesarlo? Procurar que el cerebro predomine, está muy bien, pero siempre que haya suficiente comodidad

práctica para la vida. Esa es la aspiración cumbre en todos los pueblos.....

Nosotros queremos revalidar moral y espiritualmente al indio. Comencemos dándole tierras, como premio anticipado; o siquiera démosle una mitad al contado quedando la otra mitad para abonarle cuando nos entregue su alma para cultivarle adecuadamente..... Comprémosle su ignorancia con la tierra. Compra fabulosa y única, para arrojarla en el abismo.....

No es lirismo, no es declamación. Es la realidad auténtica que sacamos de la entraña de la masa indígena y campesina, como una revelación de sus apremios.

Haga el Estado —como parece insinuar un Ministro de Estado actual, al decir sus réplicas en el mismo Congreso de Municipalidades— el comienzo de su partición de bienes patrimoniales y, dando ejemplo, exija la realidad legislativa de un mejor reparto de riquezas entre los pobladores del país. Esto será comienzo de conquista civilizadora especialmente para el indio. Monstruosidad, pecado, crimen, dirán los enemigos eternos de la verdadera, de la positiva felicidad del pueblo nuestro.

La política del Estado —decíamos— debe fijar como norma necesaria de su desenvolvimiento, un bien sentado anhelo de reforma. Reforma de sus instituciones, adaptación a las condiciones de su vida normal. Reforma social; desde el individuo hasta el grupo exigen cambio radical de modalidades, de aptitudes, de temperamentos y culturas. Reforma de sus hombres: esta es la más grave y la más fuerte. Hombres apocados, caídos en el oprobio de sus claudicaciones, sin convicciones, sin mirajes de resurgimiento, sin alicientes ni anhelos, cómo van a ser hombres en el cabal sentido del término!.....

La disciplina que el Estado necesita, el sometimiento a la norma directiva y la aceptación de las limitaciones indispensables para la común armonía en el agregado, por parte de los hombres —ciudadanos— que viven en el país, entraña un doble punto de vista: el de la ley, la ordenación ético-jurídica, por una parte, y el de los individuos en quienes han de recaer tales mandatos, por otra.

En lo referente al indio —al de Imbabura especialmente— vimos ya sus condiciones especiales de sometimiento irrazonado, fruto de coacción y blanco de abusos en lo que toca al

punto de aplicación y cumplimiento de las prescripciones legales. El indio no tiene ciudadanía,— ¿cómo, si acaso no integra ni la nacionalidad?—, el indio nuestro obedece porque se le obliga y se le compele. La ley, además —decíamos— no tiene una flexibilidad adecuada a la rusticidad de sus vidas que les obliga a ser tales: indios siempre, miserables y dolientes.

Si se les ha eximido de ciertos impuestos, ya que justamente ellos no son retribuidos, como el blanco, con la utilización completa de los servicios públicos que el Estado proporciona; si se le ha reducido las cargas que antaño pesaran sobre ellos —tributos específicamente de indios—, esto no quita aún la falta de realidad protectora de la ley que para ellos impera.

Si no ha sido dable una adecuación de legislación positiva en beneficio del indio, si no se ha especializado, si no se ha hecho una justicia a su alcance y para su bien exclusivo —porque la justicia escasamente les da ahora sus amparos—, veamos al menos cómo podría amenguarse la bárbara explotación de que al indio se hace blanco.

Que el Poder Judicial instaure un régimen severo de fiscalización de todas sus dependencias, desde la más alta Corte hasta el juzgado ínfimo. A éste, sobre todo, que es la primera escala jerárquica, la primera puerta, el más habitual campo de actuación del indio. Hace falta una especie de contraloría enérgica que vele constantemente por la recta administración de justicia. Porque el poder reprimidor y de cautela que la Ley Orgánica y demás disposiciones legales crean, no se aplica o se lo hace tarde, mal y con condescendencias. Los Magistrados judiciales, por efecto de la confusa repartición de funciones y por la lejanía de sus distantes jurisdicciones, no pueden darse cuenta cabal de lo que realmente sucede. Si un Alcalde Cantonal no puede supervigilar a los Jueces de su jurisdicción ¿qué no decir de los demás funcionarios más altos y, por lo mismo, menos peligrosos?

Que las Cortes Superiores de Justicia, a quienes la ley asigna el derecho de reprimir y castigar los desmanes de los malos abogados, hagan realmente recaer esta medida represiva en resguardo del Foro y en honor de la justicia ecuatoriana. Es intolerable el abuso que estos falsos apóstoles cometen con el indio, porque... ¿para qué contar tantas tropelías por todos conocidas, al menos en provincias, más aún en los pueblos apartados donde ejercen, no su profesión

nobilísima, sino su negocio lucrativo, a costa del indio o del campesino miserable?

Quien no se crea suficientemente honrado para antepo-
ner su decoro y valía a las miras interesadas, a la cotización
de las dignidades —tendencia que se generaliza en estos
tiempos—, mejor y más humano es que se le aleje del tem-
plo augusto donde Astrea reina y domina.

¿Y los tinterillos?..... Por más que la misma ley hasta
indique el procedimiento para juzgarlos y castigarlos (art. 49,
inciso 6º. del Código Procesal Civil), en la práctica nada se
obtiene de ventajoso y correcto en orden a eliminar seme-
jantes plagas sociales. Pero en el pueblo apartado, en la
parroquia lejana donde estos seres se enseñorean de su *arte*
y *habilidad*, puesta descaradamente al servicio de quien lo so-
licita y, por desgracia, más aún del indio infeliz que cae en sus
garras. (Manos, no es apropiado para decir de las suyas).
A este respecto, ¿no sería ventajoso reformar la Ley de modo
de hacer siempre obligatoria la intervención del abogado, y de
su firma, para toda diligencia judicial, sin consideración a la
cuantía? ¿No sería esta la manera de evitar la actuación for-
zosa del tinterillo? La escasez de abogados que estén en to-
das partes, como hay los tinterillos, se dirá. Pues, por lo
menos, déjeseles solamente, para que se entretengan en el
lucro, los juicios de ínfima cuantía.

La reforma de las leyes de procedimiento es urgente.
Anotamos, con la debida oportunidad, que allí hallábamos la
causa del atraso perpetuo que el indio sufre entre nosotros.
Simplifíquese el sistema, hágase más fácil el procedimiento,
sin que lo fácil y lo simple quiera significar poca severidad
jurisdiccional, poca valía de la justicia en su virtual aplicación
y en la interpretación diaria de sus normas.

El indio *pelea* con frecuencia, con aterradora frecuencia:
detalle revelador de su inconsistente psicología. Por lo mis-
mo, ha de tratarse de evitar tantos gravosos incidentes, tan
largos trámites, tantas dificultades y obstáculos. Es menester
hacer justicia al indio, comenzando por acortarle el camino
que llega hasta su alcance, hasta su logro.

Si fuese posible la reforma del Poder judicial gratuito, co-
mo quiere nuestra Constitución, se habría dado —creemos—
un gran paso de mejoramiento. ¿El Poder Judicial no es, no
debe ser un amparo social, un servicio colectivo que el Es-
tado proporciona a sus asociados?

Ahora, la selección del personal que ha de desempeñar el cargo de Jueces. La reforma moral y espiritual de los hombres, su valía y dignidad. Una purificación intensa de las sociedades, una educación íntima, que penetre, que ahonde en el alma multiforme de los agregados humanos. Y, entonces, a esperar en el reinado de la justicia individual y social para felicidad del país y para gloria nuestra.....

Ardua e inmensa es la tarea que tiene ante sí el Estado ecuatoriano. Como la tienen quizás, en igual sentido, los demás de América Hispánica.

Labor pausada y metódica exige el programa de acción que ha de realizarse integralmente en beneficio de la rehabilitación del indio. Sí, por un lado, es necesario levantar el nivel de su vida espiritual para hacerle apto para la civilización y la cultura, por otro lado, nos toca a nosotros, a todos nosotros, —individuos o sociedad total— cooperar para ello, para dignificar una misión humana de redención y de triunfo colectivos.

Es menester comenzar por serias reformas, transformaciones hondas que han de sacudir el nervio misterioso de la vida social.

El Estado no debe auspiciar el fomento del vicio mayor que posee el indio: el alcoholismo. Si constituye buen renglón de entradas —ahora son rentas municipales, en parte— para el presupuesto, hay que saber de dónde procede, de qué maligna raíz arranca: de la paulatina degeneración de todo un pueblo, de su envenenamiento.

En Imbabura, quizás hay trescientos «estancos» de aguardiente, tabernas miserables, antros de abyección moral incuestionable para el indio. Y ha de haber no menos de trescientas «chicherías» que ayudan con eficacia criminal a esta labor nefanda.

Haga el Estado un sacrificio; que se mermen sus rentas. ¿Qué importa, si aumentará el activo de su moralidad y de su corrección popular?

Con el aumento de impuestos que se hizo en la última Legislatura, ha disminuido en Imbabura el consumo del aguardiente en un cincuenta por ciento; pero no ha pasado cosa igual con las «chichas», las que han aumentado en su expendio diario.

El indio bebe hasta por no tener qué hacer otra cosa. ¿Acaso la falta de entretenimientos sanos, de recreaciones correctas, no induce a cualquiera persona a entregarse al suicidio del licor? Peor aún con el indio, pues que ese será su entretenimiento habitual: la orgía endemoniada. Claro que no bebe todos los días, como acontece con empedernidos y degenerados blancos y cholos. Pero serán todos los días sábados por la tarde —porque sale al poblado por la feria— y los días de fiesta religiosa.

Búsqese remedio —que no lo hallamos sino en la cultura— para salvar al indio de semejante cáncer que le mata: el apego al licor. El Estado, o el Municipio, no deben ser cómplices de un vicio social, a pretexto de las entradas económicas que el tal vicio les proporciona. ¿El fin justifica los medios en alguna manera?.....

País joven, que se inicia en la carrera secular de su existencia, que avance con fe y con esperanza de su seguro paso hacia el porvenir. Pueblo joven que vibra aún en los violentos cambios de su constitución, de su ardor formativo, que enraíce en su conciencia la efectividad creadora de sus fines humanos y buenos. Que no se vuelva frívolo en sus anhelos, ni iluso en sus deseos, ni torpe en sus conquistas. Que no se diga de él con la frase hiriente de Manuel Ugarte: «Los pueblos jóvenes, como las mujeres coquetas, no pueden respirar sin la lisonja».

La jornada en favor del indio debe comenzar ya. Son necesarios maestros y apóstoles de verdad. Son necesarios los que quieran salvar a una porción de seres que, hasta ahora, viven al margen de toda cultura. Es obra de construcción, de arquitectura incomparable. El Estado, la sociedad, el individuo, todos tenemos lugar para el trabajo: pongamos nuestro esfuerzo bienhechor al servicio de obra tan grande y tan heroica!.....

(Concluirá)